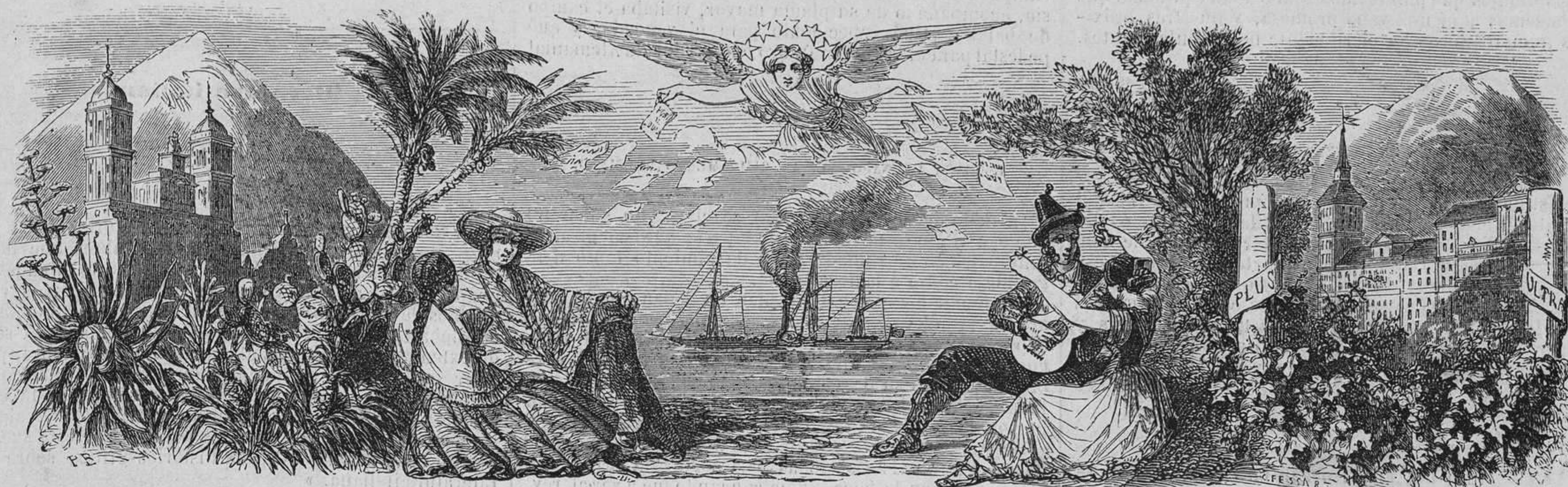


EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



Al presente número acompaña el número 19 de la Moda.

1870. — Tomo XXXVI.

EDITORES-PROPIETARIOS: X. DE LASSALLE Y MÉLAN.

Administración general, passage Saunier, número 4, en París.

AÑO 29. — N° 925

SUMARIO.

La Guerra Ilustrada; grabados. — **La literatura italiana.** — **Efecto de un cañonazo;** grabado. — **Revista de París.** — **Los dos Adolfos.** — **La batalla de Sedan;** grabado. — **La batalla de Mouzon;** grabado. — **Escenas de la vida inglesa.** — **Visita del rey de Prusia al campo de batalla de Sedan;** grabado. — **Llegada de Napoleón al campamento prusiano después de la capitulación de Sedan;** grabado. — **De Villahermosa á la China.** — **Primer combate delante de la aldea de Mouzon;** grabado. — **El ejército francés pasando por la aldea del Chene;** grabado.

La Guerra Ilustrada.

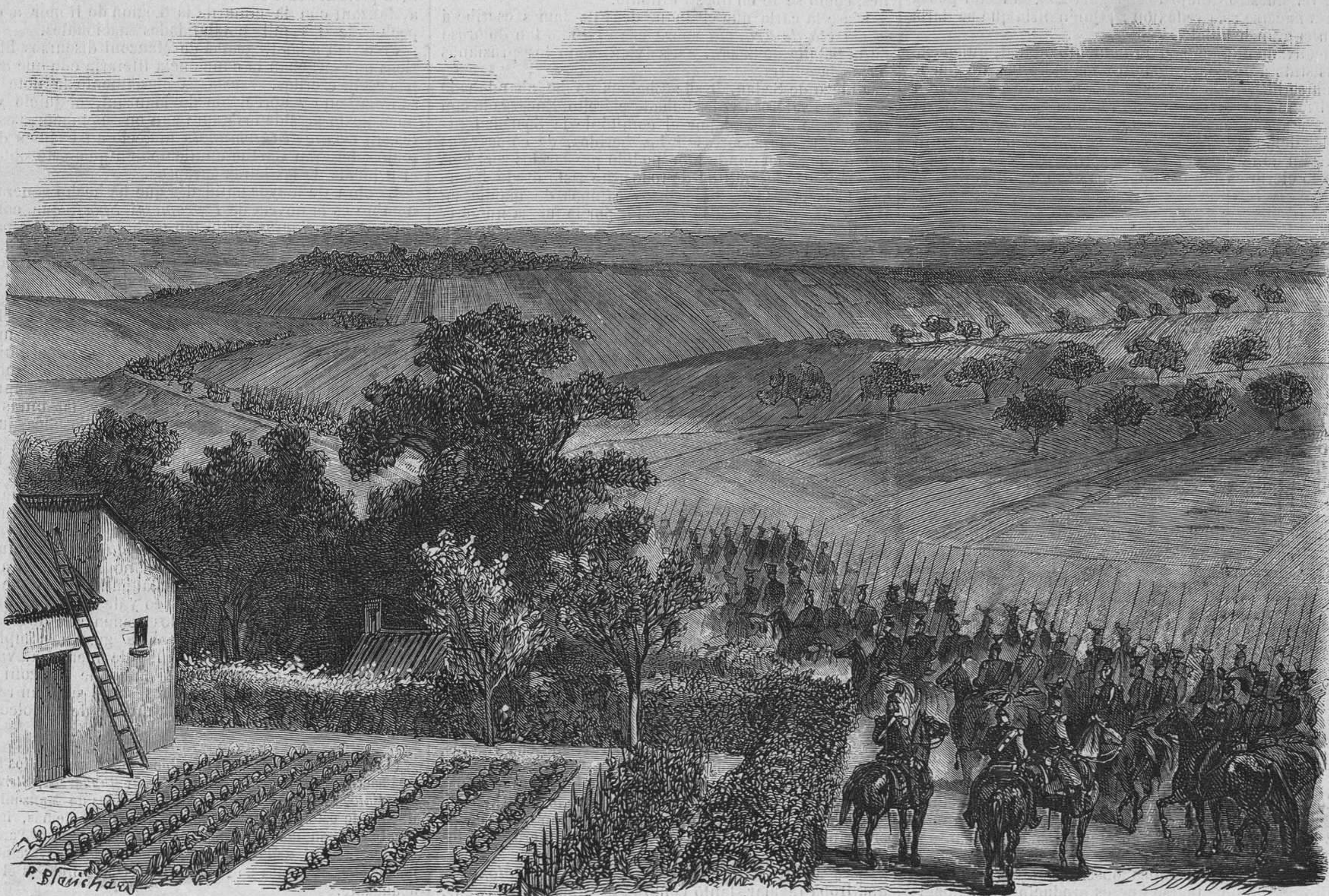
EXPLICACION DE LOS DIBUJOS DE ESTE NÚMERO.

Si el primer deber de un general después de la batalla es enterrar sus muertos, el primer pensamiento de la prensa debe ser escribir piadosamente la relación de esa terrible campaña, en la cual ha desaparecido un ejército francés, sin que por eso se haya rebajado en lo más mínimo el valor del soldado. Con efecto, la derrota de los franceses ofrece la particularidad de que hasta

su enemigo admira el heroísmo de los regimientos. Todo ha podido conspirar contra ellos, el desorden, la fuerza numérica, la ineptitud de los jefes; pero el valor del soldado ha quedado intacto, y el epitafio que cubrirá esa inmensa hecatombe podrá decir: Murieron como valientes.

Nuestro periódico no dejará pasar ninguno de los recuerdos de la campaña sin consagrarle un dibujo, tarea tanto más fácil en la actualidad, cuanto que se hallan ya de regreso en París nuestros corresponsales dibujantes.

La marcha de los sucesos y de las batallas les ha llevado alternativamente del campamento francés al pru-



LA GUERRA. — Salida de las tropas francesas de Tourteron, la antevíspera de la batalla de Sedan.

siano. Su odisea no ha estado exenta de peligros; pero ello es que así han podido observarlo y reproducirlo todo en su album, y nuestros lectores pueden contar con que su rica y abundante colección suministrará bastantes apuntes para darles á conocer los grandes actos y los principales incidentes de tan memorables jornadas.

Los dibujos que publicamos esta semana prueban que no hacemos aquí una vana promesa, y nuestros próximos números no serán ciertamente menos interesantes.

*
**

TOURTERON.

Asistimos aquí en cierto modo al punto de partida del ejército de Mac-Mahon, que sale á dar su fatal batalla de Sedan. Nuestro dibujo de la primera página de este número representa de un modo exacto el aspecto de esa región de la Francia. Es una serie de valles y de colinas por cuyos flancos serpentean los caminos cuajados de soldados. Todas esas colinas estaban cultivadas y cubiertas de hermosas casas; pero ¡ay! quien las ve hoy no distingue otra cosa que la devastación y la ruina.

*
**

PASO DEL EJÉRCITO POR EL CHENE.

Por el dibujo que representa el paso del ejército francés por la aldea del Chene (véase la página 240), se formará una idea el lector del aspecto que han ofrecido durante un mes todos esos pueblos que cruzaban incesantemente los franceses y los prusianos. Infantes, caballos, artilleros, todo transitaba por la pobre localidad, y en tal tumulto que todo movimiento se hacía casi imposible. Cuando por acaso había un combate en la localidad, el cuadro era mas terrible aun que á la salida de los combatientes.

Nuestros corresponsales han podido ver muchas veces algunas de esas aldeas en donde se habían batido. ¡Qué confusión! Muertos, heridos, caballos, carros, fusiles, mochilas, sables, kepis, cascos, cinturones, carteras, cartas, bayonetas, todo rodaba por los caminos y por las calles. La imagen de una completa ruina. ¡Horrible guerra!

*
**

BATALLA DE MOUZON.

Al ver nuestro dibujo de la página 232, el lector podrá quizás hacerse esta reflexión: ¡Quién diría que se daría ahí una gran batalla!

Efectivamente, con el armamento actual, quien no ha asistido á un combate entre dos ejércitos, no puede formarse idea de lo que es. Supongamos al observador en el fondo de un valle: de repente, y á pérdida de vista, se distinguen copos de humo blanco y se oyen sendas detonaciones. Es la artillería que empeña la lucha. ¿En dónde, cómo y con qué fuerzas? No se sabe; pero lo cierto es que los hombres caen á miles.

*
**

EFECTOS DE UNA BALA DE CAÑÓN.

Hemos tratado de demostrar con fieles pinturas los fulminantes efectos de las nuevas armas que la ciencia ha entregado á los soldados de nuestros días. ¡Júzguese los destrozos que puede hacer una bala que alcanza á diez kilómetros!

Nuestro dibujo titulado: *Efectos de una bala de cañón*. (página 229) demuestra con un solo hecho los desastres causados por uno de esos proyectiles. Los soldados que el lector ve tendidos muertos en un campo cerca de una aldea que está ardiendo, avanzaban en guerrilla hacia el enemigo. Pasa una bala y los nueve tiradores caen al suelo. Y observaremos que de esas nueve víctimas dos no tenían mas que contusiones sin gravedad. El paso fulminante de la bala había bastado para darles muerte.

Calcúlese ahora el número de piezas de artillería que los dos ejércitos pusieron en juego, añádase á la artillería el efecto de 500,000 fusiles de aguja que alcanzan á mil metros y se tendrá idea de las pérdidas espantosas que por ambas partes se han hecho.

*
**

VISITA DEL REY DE PRUSIA AL CAMPO DE BATALLA DE SEDAN.

En nuestro último número dimos á nuestros lectores una relación de esta desastrosa batalla: no insistiremos mas en el asunto. Vamos á detenernos un instante á explicar el dibujo que publicamos en la página 236 y ante todo haremos algunas observaciones. Al ver ese cuadro podría imaginarse que es producto de la imagi-

nación de un artista que ha creído hacer un gran efecto dramático con la postura del soldado prusiano, que aunque muerto, está de pié porque le sostiene en esa posición un montón de cadáveres y que conserva todavía en sus heladas manos su fusil de aguja.

Ahora bien, nosotros debemos decir que ese dibujo ha sido ejecutado por nuestro corresponsal en el mismo campo de batalla, en el momento en que el rey de Prusia, acompañado de su pluma mayor, visitaba el campo de batalla. ¡Qué espectáculo para el vencedor y qué pedestal para el trono del futuro emperador de Alemania!

*
**

LLEGADA DE NAPOLEON AL CAMPAMENTO PRUSIANO.

¡Al lado de un soberano que se eleva, un soberano que cae! Pero lo mismo en una parte que en otra, la sangre del pobre soldado sirve de cimiento tanto á la grandeza como á la decadencia.

El emperador conoció tan bien en Sedan que la sangre de los ejércitos perdidos clamaba contra él, que suplicó al rey de Prusia, quien le ha tratado y le trata como soberano reinante, que no hiciera desfilar al ejército francés en su presencia. ¿Quién sabe, si además de la vergüenza, el emperador, preocupado de su seguridad personal, no temía la explosión de alguna venganza?

En nuestro dibujo (página 237) aparece el emperador como se le ha visto en todas partes en esta crisis, con el cigarrillo en la boca. Fumaba cuando fué á ver al rey, fumaba al salir de la entrevista, fumaba siempre. El ejército francés estaba perdido, la Francia perdida y el emperador encendía su cigarrillo. Los mas crueles enemigos del imperio no podían deseárselo una caída mas lamentable.

*
**

BAZEILLES.

Borremos pronto ese terrible recuerdo que añade tan afrentosa página á la caída del imperio. Pero ¡júzguese cuán dolorosa es la narración que escribimos! Si de la captura del emperador volvemos al campo de batalla, llegamos al fin del día á la aldea hoy tristemente célebre de Bazeilles.

Echemos una mirada á esa aldea (página 228). No hay una casa en pié, no hay un habitante vivo. Los prusianos lo incendiaron todo, y en medio de las llamas mantuvieron encerrada á la población toda. Casas, habitantes, animales, todo quedó en el horno, horno tan ardiente que largo rato después del incendio los prusianos al entrar en la aldea tenían que tomar precauciones, como se ve en nuestro dibujo.

Léase la carta que el duque de Fitz James escribe á la *Gaceta de Francia* sobre ese episodio tan doloroso de la batalla de Sedan. Así se verá cómo los prusianos hacen la guerra.

« Llego de Sedan. Desde Chalons no he abandonado á nuestro valeroso y desdichado ejército. Encargado con el príncipe de Sagan por el comité de la Sociedad internacional de socorros á los heridos, de colocar sus ambulancias en donde han podido prestar los servicios que merecen la gratitud de todos, he visto desde Beaumont hasta Sedan, todos esos campos de batalla en donde nuestros soldados vencidos por la fuerza numérica, han caído gloriosamente.

« Podría hacer una larga y triste relación de lo que he visto; pero en presencia de los nuevos peligros que amenazan á mi país, no quiero hablar mas que de lo sucedido en Bazeilles.

« La aldea de Bazeilles está cerca del Mosa á 8 kilómetros de Sedan. El 31 de agosto por la mañana los animosos habitantes de la aldea viendo que llegaba el enemigo, se pusieron sus uniformes de guardias nacionales y ayudaron al ejército á defenderse contra un cuerpo bávaro y contra la división Shæler de Erfurt, del cuarto cuerpo de la reserva prusiana. El ejército francés fué rechazado. El enemigo entró en Bazeilles, y entonces comenzaron escenas de horror y excesos sin nombre que son una eterna afrenta para los que los cometen.

« Los bávaros y los prusianos, para castigar á los habitantes porque se habían defendido, prendieron fuego á la aldea. La mayor parte de los guardias nacionales habían muerto, y la población se había refugiado en las cuevas; mujeres, niños, todos murieron abrasados. De 2,000 habitantes apenas quedan 300 que cuentan como vieron á los bávaros arrojar á familias enteras en las llamas y fusilar mujeres que habían querido huir. Yo he visto las ruinas humeantes de esa desdichada aldea, donde no queda en pié una sola casa. El olor á carne humana quemada se notaba en todas partes. He visto á las puertas de las casas los cuerpos calcinados de los habitantes.

« Tal es el espectáculo. La guerra tiene sus rigores, mas tiene también sus reglas basadas en las leyes del honor y de la humanidad. Esas leyes han sido violadas en Bazeilles por los bávaros y los prusianos. La historia los juzgará. Yo pregunto si tienen derecho para erigir en principio que pueden matar á las mujeres y á los niños de una aldea cuyos habitantes defienden sus hogares y la patria. En todo caso la guardia nacional es una tropa regular, tanto como la 4ª ó la 5ª landwehr.

No; no hay derecho ninguno para hacer lo que se ha hecho.»

Los prusianos fusilan á los francos-tiradores, fusilan á los guardias movilizados, incendian las aldeas y queman á sus habitantes. Ese es su modo de hacer la guerra.

R. DE M.

La literatura italiana.

(Continuacion.)

M. Bocous, que publicó su reseña histórica hace ya años, no pudo dar noticia de varios nombres que después han ilustrado á la Italia y son harto dignos de ocupar un lugar en la historia literaria de su patria; algunos de ellos habíanse ya ventajosamente anunciado en dicha época, mas se ve que el historiador trató solo de extenderse sobre aquellos autores de quienes, por estar en el sepulcro, podíase formar cabal concepto. Así es que cita pocos y estos muy ligeramente, de entre los contemporáneos: nosotros vamos á hacer alguna nueva indicación sobre ellos para que de esta suerte resulte completa la «Ojeada histórico-crítica sobre la Literatura italiana.»

Alejandro Manzoni, de Milan, es acaso en este siglo la mejor prueba de que el ingenio es innato en la antigua Ausonia, sin que nunca hayan podido ahogarle la política ni la suerte de las armas. Crecido en la época en que un guerrero grande y afortunado removía todas las naciones de Europa y ponía en contacto sus literaturas, tuvo ocasión de ensanchar su ingenio y de aficionarle al buen gusto, y joven aun hizo conocer á sus compatriotas nuevas fuentes, mas copiosas y agradables que las antiguas, de literatura y poesía. En sus dos tragedias *Adelchi* y el *Conde de Carmagnola*, se había ya apartado del carril antiguo, y en 1820 hallándose en Paris, escribió con motivo del análisis hecho de la última por M. C... en el *Liceo francés* aquella tan celebrada «carta sobre las unidades de lugar y tiempo en la tragedia,» que causó en Francia tan viva sensación y atrajo numerosísimos prosélitos á su escuela. Es de advertir que Manzoni escribió dicha carta en francés, circunstancia que dió mas valor á las ideas en ella emitidas.

Los franceses son pues deudores á un extranjero del opúsculo que puso el sello á la tan largamente debatida cuestión acerca de las unidades del drama, que empujada y pronto decidida en Alemania, se extendió y fué mas tardía en resolverse en el resto de Europa; quizás tuvo presente este servicio M. Victor Cousin al agraciarse á Manzoni con la cinta de la Legion de Honor á despecho de las mil notabilidades nacionales.

Preceden á las tragedias de Manzoni discursos históricos que prueban la conciencia literaria con que aquellas están escritas. Y esta es ciertamente la dote mas sobresaliente y apreciable de Manzoni, el juicio y el buen gusto presiden siempre aun en sus menores escritos. El *Conde de Carmagnola* mereció un exámen de la pluma del gran Goethe en tiempo en que este obtenía el primado de las letras europeas.

La obra de mayor entidad y que ha hecho general su nombre es la novela de *I promessi Sposi*, que con el título de *los Novios* vertió tan garbosamente al español don Juan Nicasio Gallego. No hay duda que si Walter-Scott no hubiese escrito las suyas, no podría vanagloriarse Italia de esta novela, mas lo mismo podría decirse de tantos bellos romances históricos como han subseguido á los del escocés y caracterizan al siglo. Pero una vez puestos en el terreno de la imitación, mejor anunciada por Walter-Scott una nueva escuela histórico-poética, y llamados los ingenios de todas las naciones á adoptarla en su país, ¿cuál de ellos ha comprendido mejor que el autor de *los Novios* las miras del gran maestro, sus resortes, su frialdad filosófica, juntamente con su corazón poético?

¿Quién mejor le ha imitado apareciendo menos imitador?...

Manzoni, como todos los poetas grandes y pequeños, ha escrito composiciones sueltas (un poemita intitulado *Urania*, versos á la muerte de Carlos Imbonati, varios himnos sagrados y la oda *Il cinque maggio* á la muerte de Napoleón), en todas las cuales no se encuentra un solo verso incorrecto ni una sola entre todas que carezca de un pensamiento artístico y de un bien concebido plan. Los himnos sagrados tienen una novedad y un sabor que sorprenden, pero no gustan completamente hasta que pueden repetirse de memoria. Varios otros poetas animados por el ejemplo de Manzoni han tocado la misma cuerda, mas los sonos no han resultado los mismos (1); la oda á la muerte de Napoleón se

(1) La diferencia es mas sensible cuando se leen los himnos sacros de *Borghí, Costa, Emiliani, Muzzarelli, Sterbini, Svegliato, Fraticelli* coleccionados con los de Manzoni. La unción de este se hace desear en todos los demás, igualmente que en los que imprimió hace ya años en Paris el conde Mamiani della Rovere, de los cuales volveremos á hablar. De los poetas de la citada colección Borghí es el mas abundante.

ha hecho vulgar ya en Italia, hasta se la ha llegado á llamar *ode del secolo* (oda del siglo), y efectivamente sobre un plan poético es de admirar así su sencilla sublimidad y grave austeridad en medio de tanto *servil encomio* y de tanto *ultraje cobarde*, como por su desempeño métrico y limpieza de estilo. Léase la penúltima estancia:

Oh! quante volte al tacito
Morir d'un giorno inerte,
Chinati i rai fulminei,
Le braccia al sen conserte,
Stette, e dei di che furono
L'assalse il sovvenir.

Ei ripensó le mobili
Tende e i percossi valli,
E il lampo dei manipoli,
E l'onda dei cavalli,
E il concitato imperio,
E il celere obbedir.

y dígase si alguna otra vez desde Tácito se han expresado mas desenuelta y enérgicamente las lenguas cultas (1).

A Manzoni le atribuyen algunas varias otras obras sin las citadas, y aun se han impreso varias novelas con su nombre, pero es harto inseguro que no sean apócrifas.

Ni se extrañará esta oscuridad biográfica en un siglo tan amigo de la publicidad como este, cuando se sepa que Manzoni es un ejemplo raro de modestia y sencillez de costumbres, tanto que de la novela de *los Novios*, que dió despues tanto lucro á los libreros, se contentó él con tirar la vez primera cincuenta ejemplares para sus amigos (2). Modestia tanto mas recomendable cuando acaso sea única en esta época. ¡Honor y galardón á Manzoni!

Silvio Pellico nació en Saluzzo del Piamonte á últimos del otro siglo. Hijo de poeta cultivó desde sus mas tiernos años la poesía, y empezó á darse á conocer en Milan, cuando caido Napoleon y entronizada el Austria, trataron los patriotas italianos de regenerar moralmente su nacion y en la capital de Lombardia crearon al intento el famoso periódico *el Conciliador*, en que trabajaban los mejores literatos y científicos del pais. Pellico fué al principio secretario del periódico y de ahí sin duda provino buena parte de sus futuros infortunios.

En aquella época publicó su tragedia *Francesca da Rimini*, escrita sobre los magníficos versos de Dante, que terminan el Canto V del infierno. Nunca tragedia excitó mas encomios, pero si bien se examina, la causa estaba mas en las patrióticas disposiciones de los oyentes que en el mérito intrínseco de la obra.

Pellico pintó en el amante de Francesca, Paolo, un joven patriota italiano y no era de extrañar que el amor propio de los que le oian respondiese con aplausos, al ver ensalzado su retrato en la escena. Aun dura el entusiasmo las pocas veces que es tolerada su representación, mas pase una revolucion sobre Italia y pronto se marchitará la gloria de la *Francesca*, del mismo modo que se ha marchitado en España la del *Pelayo* y la *Viuda de Padilla* y la de tantas otras con las cuales tiene muchos puntos de semejanza la tragedia de Pellico.

Hay en la escena segunda, acto 2º, de esta tragedia un pensamiento que, no por estar generalmente recibido como ejemplo de sublimidad de expresion en materia de amor, deja por eso de ser falso y hasta sacrilego además de inoportuno. Paolo dirige á Francesca que se resiste aun á decirle que le ama, pero que en cambio le dice que mañana la habrá matado el afán, entre otras expresiones de reproche la siguiente:

Bella

Come un angiol che Dio crea nel piú ardente

Suo trasporto d'amor... cara ad ognuno...

Sposa felice... e osi parlar di morte? (IV)

Dios no tiene ímpetus amorosos que le obliguen á buscar una hembra entre los ángeles para calmarlos, idea

(1) Es tal vez imposible dar en otro idioma moderno una traduccion en verso, exacta é igualmente enérgica, de esta estancia. En prosa pueden explicarse los pensamientos del autor, y entonces su correspondencia es esta:

« ¡Oh! ¡ cuántas veces al llamado caer de un día tranquilo, bajos sus fulminantes ojos y cruzados los brazos sobre el pecho, detúvose y vino á asaltarle el recuerdo de los pasados días! Acordóse de las movibles tiendas y de los valles sacudidos por sus piés, del relampaguear de sus falanjes y de los caballos embistiendo como en onda, del imperio turbulento y de su voz prontamente obedecida. »

(2) Tomamos esta indicacion de un artículo de *Pierangelo Florentin*, inserto hace pocos años en la *Presse* de Paris.

(IV) Hermosa
Cual el ángel que Dios crea en el éxtasis
Mas fuerte de su amor... á todos grata...
Feliz esposa... y ¿hablas tú de muerte?

que se ofrece naturalmente al leer los versos italianos: aunque fuera verdadero y menos impío el pensamiento, cuadraría en una escena de deliquio, de transporte común, no en un pasaje de reproche, cuando todavía Francesca se hace la desdeñosa.

Cítase tambien con entusiasmo una tirada de Paolo en la escena V del acto 1º que nada dejaría que desear sino fuese demasiado docta para un joven caballero del siglo XIII. Segun testimonio de quien debe estar enterado de ello, en boca del actor Gustavo Módena, hacia levantar en 1831 de sus asientos á los jóvenes de Bolonia y Ferrara. Es trozo de cajón para todos los italianos que han leído algo.

(V)

Stanco

Son d'ogni vana ombra di gloria. Ho sparso

Di Bisanzio pel trono il sangue mio

Debellando città ch'io non odiava.

E fama ebbi di grande, e d'onor colmo

Fui dal clemente Imperador: dispetto

In me facean gli universalí applusi.

Per chi di stragi si macchió il mio brandó?

Per lo straniero. E non ho patria forse,

Cui sacro sia de cittadini il sangue?

Per te, per te, che cittadini hai prodi,

Italia mia, combatteró se oltraggio

Ti moverá la invidia. E il piú gentile

Terren non sei di quanti scalda il sole?

D'ogni bell'arte non sei madre, o Italia?

Polve d'eroi non é la polve tua?*

Agli avi miei tu valor desti e seggio,

E tutto quanto ho di piú caro alberghi.

Corria la *Francesca* manuscrita entre los literatos que frecuentaban el palacio del conde Porro de Milan cuando en 1819 visitó esta ciudad Lord Byron. Pellico habia traducido en prosa italiana su *Manfredo* y el *Peregrino de Bretaña* le correspondió galantemente reduciendo en solos dos dias á versos ingleses el manuscrito de la *Francesca*. Hay una edicion de esta con la traduccion de Byron á la vista.

Dió en seguida á luz otra tragedia intitulada *Eufemio di Messina* que adolece del mismo vicio que la precedente: su asunto no presta tanto como el de la adultera de Rimini, mas con todo mostró en ella Pellico mas nervio poético y mayor conocimiento de la escena.

Despues ha publicado nuevas tragedias con los títulos de *Erodiade*, *Gismonda*, *Leonero di Dertona*, *Ester d'Engaddi*, *Iginia d'Asti* y su amigo Maroncellini nos da los nombres de dos inéditas *Guido antipapa*, *il Colombo*; ignoramos lo que estas sean, mas si se ha de juzgar por las otras las creemos un vano trabajo: vése en todas ellas al poeta, hay bellezas parciales en abundancia, hay grandeza en su género, pero es un género falso, bueno solo en defecto de otro mejor. En 1820 fué victima Silvio Pellico de la policia austriaca y á esta sazón es cuando empieza una nueva vida política y literaria para él.

Prisionero primero en Santa Margarita de Venecia, despues en sus horribles plomos (piombi), condenado en seguida á perpétua reclusion en la fortaleza de Spielberg (*sotto moravocielo*), muerto para el mundo y para la poesía, llena todavía de vigor su cabeza, da un nuevo giro á sus pensamientos, estudia sin libros en la soledad, y perdonado al cabo de diez años de padecimientos y consuncion física, aparece de nuevo al mundo mas grande que nunca fuéralo.

Pellico estudió en el destierro una ciencia nueva y por ella pasará su nombre á la posteridad, siendo así que si hubiese llevado una vida común su nombre hubiera sido á la verdad respetado, pero no acaso entre los primeros. Sus memorias que intitula *el Le mie prigioni* y en que nos cuenta con la mas elegante sencillez y con un candor que no engaña, antes se insinúa hasta el extremo de hacer agradable el continuo yo, se han hecho europeas y han derramado bálsamo sobre muchos corazones llagados.

El hombre se consuela siempre y se compara con otros y es ciertamente un hermoso y confortante es-

(V) Cansado

Estoy de gloria y de su pompa vana.

Mi sangre he derramado en pro del trono

De Bisanzio, ciudades destruyendo

Que no odiaba, y de grande fama obtuve

Y favores sin fin del Imperante.

Despecho en mí los triunfos engendraban.

¿ Por quién de sangre se manchó mi espada?

Por extranjero... ¿ Patria yo no tengo

Que deifique la sangre ciudadana?...

Por tí, por tí, que generosos hijos

Engendras, oh mi Italia, alzaré el brazo

Cuando ultraje la envidia te prepare.

¿ No eres tú acaso la mas pura

Entre cuantas el sol caliente, Italia?

¿ No eres tú madre de toda arte bella?

Tu polvo ¿ no es el polvo de los héroes?

De tí mis padres su pujanza hubieron

Y en tí se encierran mis amores todos.

pectáculo para todos el ver á un hombre de ingenio perseguido desde la cuna por enfermedades y molestias físicas, privado por tiranos á la flor de sus años de la gloria y de sus mas caras afecciones, sin contar los regalos de una vida acomodada, renunciar á la queja que tantas simpatias hubiera hallado en su patria descontenta, no pensar siquiera en ella, anunciar al contrario con acento no hipócrita que hay una providencia que mira por los afligidos y que no fué tan amarga su reclusion como parecer pudiera, y eso anunciarlo en medio de una sociedad que se cree infeliz y reniega de la providencia cuando no puede salirse con el mas ligero capricho.

Sobre el mismo propósito es digno de observarse que las memorias de Pellico han hecho tanta ó mas fuerte impresion en el extranjero que en Italia: esta comarca que no ha corrido aun todos los vaivenes que traen consigo las modernas revoluciones civiles quizás no alcanza en toda su extension los horrores del escepticismo ni puede en consecuencia apreciar debidamente la medicina que los dulcifica.

Restablecido Pellico al seno de su familia ha dado y continúa dando varios escritos, morales unos y otros poéticos, todos apreciables por ideas y estilo. En el género moral es altamente recomendable el opúsculo intitulado *doveri degli uomini* (deberes del hombre) y como poesía sus cantatas *Tancreda*, *Rosilde*, *Eligie Valafrido*, *Adello*, *Eugilde della Roccia*. Las cuatro primeras aparecieron bajo el anónimo de un Trovador de Saluzzo, patria del autor. Todas versan sobre asunto gracioso, interesante, bien elegido, pero la ejecución es frecuentemente lánguida. Esta languidez puede provenir en gran parte del metro endecasílabo suelto que adoptó Silvio no con buen discernimiento á nuestro entender, particularmente habiéndose anunciado como trovador. En honor de la verdad diremos que esa languidez de ejecución que hallamos como general achaque en las obras poéticas de Pellico, es menor en las cantatas que en sus composiciones anteriores, y es de esperar que, desechados al fin nimios escrúpulos que acaso le contengan, se presentará á los ojos de la Europa y de su pais regenerado en las formas como lo está hace años en las ideas y tan seductor en sus obras en verso como en las en prosa.

Es lástima que se malogren tan poéticos personajes por no haberlos querido vestir con sus trajes propios.

Silvio Pellico permaneció en Turin acusado de apóstata y jesuita por sus antiguos amigos políticos, mas respetado y apreciado por los que tratándole de cerca han tenido lugar de admirar su amabilidad y su austeridad de costumbres.

Alguna vez hemos oido decir que el presidio habia *dibilitado* su cabeza acusaciones de partidos políticos que querrian del hombre una completa abnegacion de sí mismo por la adquisicion de una felicidad harto problemática podría responderse: la sangre de la juventud, el sistema, la vida aventurera, el encono por la persecucion, espectáculos sangrientos han *inflamado* las vuestras.

Tomás Grossi, de Milan, debió nacer á principios de este siglo. Dotado de una sensibilidad exquisita y de un talento penetrante, ha sido el poeta italiano, despues de su maestro Manzoni, que mas ha hecho gustar las bellezas de la edad media á sus compatriotas. Dotado tambien de un ardiente entusiasmo por las cosas de su pais, mas sofocado aquel por su situacion presente, ha debido Grossi comprimir sus ideas que aparecen por eso bañadas de la melancolía de los gratos recuerdos; el lector sensible adivina empero perfectamente la metamorfosis que sufrieron al pasar del corazon á la pluma del poeta.

Este decir á medias los secretos de su corazon aviva el interés del que lee, quien, halagado por otra parte por un estilo purísimo, por una versificación extremadamente fácil ó por una límpida prosa, va hasta el fin con ansia, sin sentirlo, y deja el libro, no tanto porque crea que se acabó ya, como á impulsos de la impresion tierno-dolorosa que produjo en él su catástrofe final. Se ha dicho que Bellini era el Lamartine de la música; si pudiera valer una comparacion inversa, diriamos que Grossi es el Bellini de la poesía. Bellini, se ha dicho, voltea sin cesar al rededor de tres ó cuatro ideas, recuerdo, deseo, esperanza vaga é incompleta; estos mismos son los temas de Grossi.

Mas el joven de Catania tuvo un instrumento mas propio para expresar sus ideas espirituales, un instrumento que tenía además la ventaja de no alarmar á los tiranos; Grossi ha debido comunicarse á sus compatriotas por medio de caracteres que todos entienden, y sobre los cuales tiene siempre fija la vista la censura.

Las principales obras de Grossi son *Ildegonda*, poema en cuatro cantos y octava rima; *Marco Visconti*, novela histórica bastante extensa que ha merecido en Italia y en el extranjero una porcion de ediciones; *I Lombardi alle Crociate*, cantos en octava rima, en número de quince. La *Aldegonda*, á quien ha llamado un moderno publicista italiano « flor de tristeza cristiana abierta sobre una tumba, alimentada de rocío, de lágrimas de los ángeles y olorosa en medio de la noche, » es de sus composiciones sueltas la que mas interesa por su bien elegido y simpático argumento, por su colorido histórico que no bastó á deslucir la dificultad y redundancia de la octava rima.

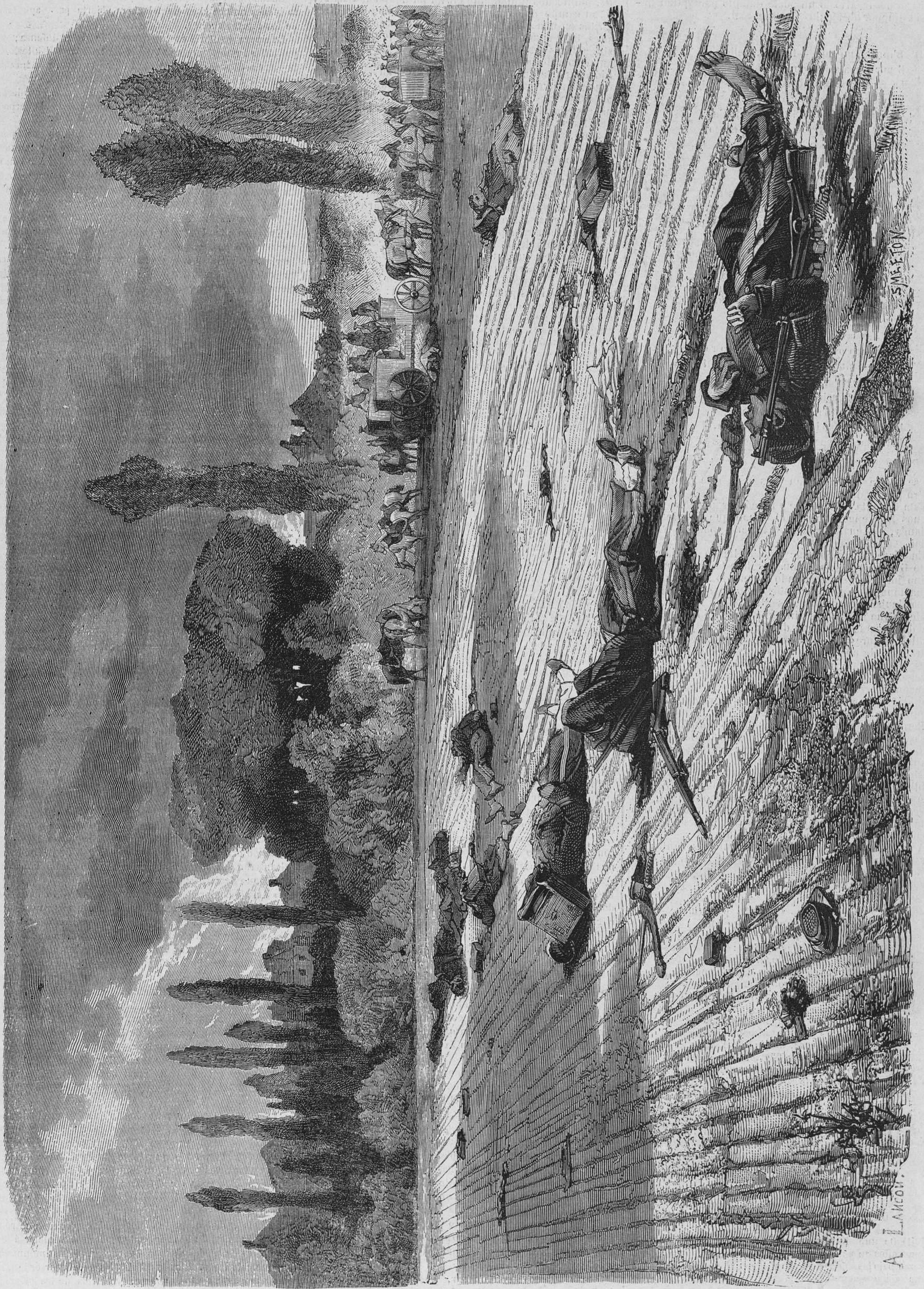
En esta última parte es tanta la soltura de Grossi que bastará citar lo que canta el héroe de la novela á su heroína para excitarla por medio del ejemplo á seguirle



LA GUERRA. — Incendio de la aldea de Bazailles — Aspecto de una de las calles de la aldea despues de la batalla.



LA GUERRA. — Entrada de los prusianos en Bazailles.



LA GUERRA. — Una vista del campo de batalla de Bazeilles. — Efectos de un cañonazo.

á tierra santa, para convencerse de que difícilmente se buscaría desde Ariosto un poeta italiano para quien haya sido menor obstáculo la octava real.

(VI) S'innalza un canto—Errante, pellegrina,
E pur segnata della croce il petto
La regal casa abbandonó Fiorina
Per seguir l'amato giovinetto :
Combattendo al suo fianco in Palestina
Fu il terror de, credenti in Macometto :
Da valorosi insiem caddero in guerra,
Dormono insieme in quella sacra terra. »

« Era d'autunno un bel mattin sereno
L'ultimo ch'ella si destava all'armi
— Fiorina, ah non voler, diceale Svenno,
Non voler nella pugna seguirarmi :
Immensa strage s'apparecchia, oh almeno
Il diletto tuo capo si risparmi...
Non l'ascoltava: insiem caddero in guerra,
Dormono insieme in quella sacra terra. »

« I cadaveri santi fur trovati
Nel campo ove la strage era maggio re
Tenacemente insieme ambo abbracciati
In atto dolce di pietá e d'amore :
Riposano gli spiriti beati
Nella pace ineffabil del Signore ;
I corpi, come già caddero in guerra,
Dormono insieme in quella sacra terra.

No se podría hacer mas en versos de arte menor y en metro propio de canción.

Esta novelita en verso se publicó por primera vez, si no nos han engañado, en el almanaque ó calendario milanés, lo cual acabó de hacerla poética y popular.

En Marco Visconti, que está dedicado á Manzoni, trató Grossi de seguir las huellas de este, no como mezquino imitador, sino tratando á ejemplo suyo un asunto nacional en romance histórico, pero siempre según el particular modo de ver y sentir.

Mejor que imitarle, se dirá que aprendió de él la osadía de lanzarse á la arena de Walter-Scott. Así es como las dos mejores novelas italianas de esta época, hijas entrambas de una misma escuela, no revelan dos hombres seguramente muy distintos ; si se ha de explicar el diverso efecto que produce su lectura, diremos que en Manzoni sobresale el juicio al paso que en Grossi la sensibilidad, sin que ninguno de los dos carezca absolutamente de una de estas dos dotes.

Pero el uno se complace mas en la filosofía de las cosas, mientras que el otro, sin que desdeñe siempre la mirada filosófica, ama mas mecerse en los sentimientos tiernos sin levantar de encima de ellos el velo del misterio. Toda la novela está sembrada de pasajes de sublime ternura ; si por via de ejemplos fuésemos que citar alguno, nos referiríamos al capítulo XI, á la descripción de la interna lucha entre un padre y una madre, pobres pero sensibles, para ocultarse mutuamente su pesar por la pérdida del hijo.

Abundan también en Marco Visconti los cantos en verso que revelan la afición de su autor á los poéticos de los bellos siglos (VII).

(VI) Alzase un canto. « Errante, peregrina,
Con la cruz adornado el férreo peto,
La régia casa abandonó Florina
Para seguir al adorado objeto :
Combatiendo á su lado en Palestina
Fué el terror de los hijos de Mahometo :
Juntos los dos cayeron en la guerra,
Y juntos duermen en la sacra tierra. »

« Salia el sol espléndido y sereno
Cuando ella á pelear se disponia :
¡ Ah ! no me sigas, no, le dijo Esveno,
Lo pido por tu amor, Florina mia,
Destrozo inmenso se prepara ; al menos
Tu adorable vivir sálvese hoy dia.
En vano... ambos cayeron en la guerra,
Y juntos duermen en la sacra tierra. »

« Los santos cuerpos fueron encontrados
Donde la mortandad fuera mas dura,
Fuertemente sus brazos enlazados
En ademan de amor y de ternura ;
Reposan sus espíritus bienhadados
En la paz del Señor y en la ventura :
Los cuerpos cual cayeron en la guerra
Duermen unidos en la sacra tierra. — A.

(VII) De uno de estos graciosos cantos publicó ya hace algunos años un periódico literario de Madrid, una traducción en verso bajo las iniciales M. A. M., la cual hace desear que se anime dicho señor á dar al público la de toda la novela.

Los quince cantos de los *Lombardos en las Cruzadas*, publicados juntamente en forma de poema épico, dieron campo á los que no aleazan á conocer otros méritos en una obra poética que el de las formas exteriores, tales como el de la unidad, la máquina y demás estruendosos resortes de la antigua epopeya, para levantar con cierta apariencia de justicia el grito contra el jóven poeta que despreciaba siempre en la práctica las convenciones de la escuela : efectivamente los Lombardos carecen de unidad, pero si se les considera como cuadros aislados de las Cruzadas, tal cual los debió concebir su autor, sin embargo de haberlos publicado en masa, se hallarán ciertamente bien agradables, bien poéticos, bien profundos en sentimientos y en la pintura de la época, nada indignos de las demás obras de su autor como se quiso al parecer suponer.

Grossi ha escrito también algunos cantos y poesías ligeras en dialecto milanés que conspiran con sus obras mas graves y en idioma toscano á manifestar el interés y agrado que se toma por las cosas patrias : ciudad haritosa en recuerdos poéticos es Milan para ocupar ella sola el ingenio de Grossi por grande que sea.

De uno de aquellos cantos intitulado *La fuggitiva* nos dió años atrás una graciosa traducción catalana don Juan Cortada con el título de *La Foya fugitiva*. No tenemos noticias particulares de Grossi : su vida será regularmente de contemplación mas que de acción, y la literatura de su patria ganará en ello.

Felix Romani, de Génova, ha hecho popular su nombre dedicándose casi exclusivamente á escribir libretos de ópera.

Después que Metastasio, tras de Apostol Zenó, habia dado cultura y como quien dice un ser poético al drama lírico (lo cual pudo hacer particularmente porque en su época la música era aun un arte auxiliar de la poesía), pasó aquel á manos de poetas muy medianos ó mercenarios que se contentaban con rimar algunas palabras comunes que sirviesen de forma y como de sustentáculo al músico.

(Se continuará).

Revista de Paris.

El cañon resuena ya en Paris y un círculo de hierro nos envuelve. La obra criminal ha comenzado ya, porque así lo quiere el omnipotente rey de Prusia. En vano el gobierno de la defensa nacional le ofrece una paz honrosa : el triunfador, embriagado de sangre, concentra sus principales fuerzas, 400 ó 500,000 hombres en torno del pueblo de Paris, y se prepara á sembrar en la capital la desolación y la ruina. Hasta hoy 20 de setiembre no hemos tenido mas que combates parciales delante de los fuertes exteriores, reconocimientos y escaramuzas de escasa importancia ; pero no tardaremos mucho en saber que el ataque serió comienza.

¿Cuánto tiempo podrán sostener las fortificaciones las embestidas del enemigo ?

Tal es la pregunta que se dirige todo el mundo.

Nuestros lectores conocen ya el sistema de fortificación de Paris, y saben que la capital se halla al abrigo de un golpe de mano ó de una sorpresa.

El asalto es imposible sin que le precedan obras de sitio contra el cuerpo de plaza, sin que el enemigo logre abrir una ó mas brechas.

En cuanto al bombardeo no es posible sin que se tome uno ó mas de los quince fuertes sueltos que existen al rededor de la plaza dispuestos de un modo irregular, según las circunstancias topográficas, á distancias que varían de 1,600 metros á 5,300 metros del recinto continuo.

Además se han añadido obras suplementarias al sistema de los fuertes.

El carácter mas notable de esta fortificación, dicen los escritos militares que tenemos á la vista, es el de sus enormes dimensiones. El recinto continuo tiene 26 kilómetros de circunferencia. Los fuertes sueltos están repartidos en un contorno de diez leguas. La línea que deberian ocupar las tropas de sitio, tendria pues una extensión de quince ó veinte leguas.

Ningun ejército puede formar un cuadro suficiente para cercar ese contorno de un modo absoluto. Hé aquí pues, una particularidad que hace del sitio de Paris una operación que sale de las reglas ordinarias en la materia.

No siendo completo el bloqueo, las comunicaciones podrán subsistir con el exterior y se logrará introducir víveres.

La inmensa capacidad de la plaza supone igualmente una defensa por fuerzas numerosísimas.

Los fuertes sueltos necesitan de 40 á 50,000 hombres, y otros tantos deberán emplearse en guarnecer los 94 bastiones del cuerpo de plaza.

El ejército de Paris, contando la guardia móvil y la guardia nacional, es bastante poderoso para hacer estos servicios, quedando todavía cuerpos disponibles para las tentativas de las afueras.

Sentados estos preliminares, podemos hacernos cargo de lo que se dice relativamente al tiempo que podrán

sostenerse las fortificaciones contra los ataques del enemigo

Quando se construyeron, se pensaba que se necesitarian lo menos quince dias de trinchera abierta para apoderarse de los fuertes sueltos.

La nueva artillería es muy favorable á la defensa ; y la posibilidad que siempre subsistirá de renovar del interior de la plaza artilleros y piezas en las obras sueltas, nos induce á creer que aun aquel término es muy corto.

Ya hemos dicho que el ejército sitiador deberá apoderarse de dos ó tres de esos fuertes para poder atacar el cuerpo de plaza

Durante el ataque de los fuertes el ejército de Paris podrá emplearse con utilidad en hacer salidas contra los sitiadores.

No hay duda que con lo preparado que está Paris con sus provisiones de todo género, con la multitud de gente armada y el celo y la inteligencia de los jefes, la defensa de la capital cuenta con probabilidad de buen éxito.

Tomados los fuertes, la cuestión cambia de aspecto.

Es cierto que el recinto continuo ó muralla puede sostener un sitio mas largo que el de las obras avanzadas. En teoría se calcula en tres ó cuatro semanas ; pero en ese caso es posible el bombardeo de la ciudad, eventualidad que trastorna todos los planes.

En cuanto existe este peligro, suelen fallar los cálculos sobre la fuerza de resistencia de la fortificación. Hay pocos ejemplos de grandes ciudades fortificadas expuestas á un bombardeo que no se hayan rendido antes de la abertura de las brechas.

Ahora lo que se trata de saber es si Paris, que resume en sí tantas glorias, no tendrá también esta en medio del siglo XIX.

Que todo está dispuesto para que así sea, lo hemos dicho y no insistiremos mas en ello.

Además, si algo faltara por hacer, que no lo creemos, hay tiempo aun, pues el peligro no nos amaga tan de cerca.

No hay duda que los prusianos son dueños de los campos contiguos que militarmente los franceses no tienen interés en disputarles, en razón á que son campos rasos, sin habitantes y sin víveres ; pero sin embargo, los estrategistas piensan que aun pasarán dias antes de que el enemigo pueda intentar contra los verdaderos medios de defensa ataques formales.

En suma, estamos en el prólogo del sitio de Paris, y en este primer período pasaremos algun tiempo, porque los prusianos tienen que abrir trincheras, construir baterías, armarlas y abastecerlas.

De todos modos, no pretendemos disminuir con esta reflexión la gravedad de la situación presente.

El enemigo está á nuestras puertas preparándose á tomar á viva fuerza una ciudad que encierra tantos tesoros, patrimonio intelectual de todo el mundo tanto como de la misma Francia.

¡Qué de preciosidades literarias y artísticas no puede destruir un bombardeo !

El Instituto de Francia, preocupado de los intereses que tiene la misión especial de defender, se reunió el 18 de setiembre en asamblea general y redactó la siguiente declaración que publican hoy los periódicos y que vamos á dar á conocer á nuestros lectores.

Dice así :

« Cuando en el año 1849 un ejército francés puso cerco á Roma, tuvo cuidado de no tirar contra los edificios y las obras de arte que adornan la ciudad, y á fin de que no los alcanzáran sus proyectiles, hasta se colocó en condiciones de ataque desfavorables.

» Así se comprende la guerra en nuestro tiempo. No se considera ya legítimo extender la destrucción mas allá de las necesidades del ataque y de la defensa, como por ejemplo, someter á los efectos de las bombas y granadas los edificios que no hacen las veces de fortificaciones.

» ¿Se admite siquiera que esté permitido comprender en la obra de ruina esos monumentos donde aparece el sello del genio mismo de la humanidad, que pertenecen á la humanidad entera, que forman, digámoslo así, el patrimonio comun de las naciones cultas, y la herencia sagrada que ninguna puede deteriorar ó destruir sin impiedad respecto de las otras y de sí misma ?

» El ejército alemán que asedia Estrasburgo y que ha sometido á la ciudad á un cruel bombardeo, ha estropeado gravemente su admirable catedral, ha quemado su preciosa biblioteca.

» Queremos creer que este hecho que ha suscitado la indignación universal, ha sido obra de un jefe secundario, desaprobado después por su soberano y su país. Nos repugna pensar que un pueblo que tanto honra á las ciencias, las letras y las artes y que tanto contribuye á su brillo, se niegue á hacer la guerra sin ese respeto á los tesoros de ciencia, arte y literatura en el cual se reconoce hoy á la civilización.

» Y sin embargo, es de temer que los ejércitos que rodean hoy á la capital de Francia, se preparen á someter á todos los azares de un bombardeo destructor, á los monumentos de que está llena, á las preciosidades de primer orden, á las obras maestras de todo género, productos de las principales inteligencias de todos los tiempos y los países, incluso la

Alemania, que encierra esta antigua metrópoli en sus museos, sus bibliotecas, sus iglesias y sus palacios.

» Repetimos que nos repugna imputar á los ejércitos de Alemania, á los generales que los conducen, y al príncipe que mareja á su cabeza, semejante pensamiento.

» No obstante, si contra nuestra esperanza se ha concebido tal idea y debe realizarse, nosotros, miembros del Instituto de Francia, á nombre de las letras, las ciencias y las artes cuya causa debemos defender, denunciaremos semejante designio al mundo civilizado como un atentado contra la misma civilización, le señalamos á la justicia de la historia y le entregamos anticipadamente á la reprobación vengadora de la humanidad.

» Reunidos en asamblea general que comprende las cinco Academias de que se compone el Instituto de Francia, Academia Francesa, Academia de Inscripciones y Bellas Letras, Academia de Ciencias, Academia de Bellas Artes y Academia de Ciencias morales y políticas, hemos votado por unanimidad la protesta que precede.

» Dirigimos nuestra protesta á aquellos de nuestros compañeros que no asistían á esta reunión, sea que pertenezcan á Francia ó á las naciones extranjeras; así como á nuestros correspondientes franceses ó extranjeros, y se la dirigimos con la confianza de que se adherirán y pondrán en ella su firma como nosotros. También la dirigimos á todas las Academias para que la archiven, y finalmente, la elevamos por medio de la publicidad, á conocimiento de todo el mundo civilizado.»

Siguen las firmas de los académicos.

Seguramente el Instituto de Francia no se hace ilusiones sobre el efecto de su protesta: sabe muy bien que no contendrá las bombas del sitiador, como lo ha probado y lo sigue probando contra la heroica ciudad de Estrasburgo.

¡Qué ejemplo para la capital de Francia! No es posible recordar sin conmoverse tan firme y asombrosa defensa.

Por lo demás, debemos decir que los parisienses lo comprenden así cuando van á depositar ramos, coronas y versos al pie de la estatua que representa en la plaza de la Concordia á esa ciudad ya inmortal, ante la cual se estreñan los extraordinarios esfuerzos de sus implacables sitiadores.

La peregrinación de los habitantes de París lejos de haber disminuido continúa en aumento.

El domingo último había en la plaza de la Concordia un gentío inmenso. Todo el mundo estaba conmovido ante la imagen de piedra de la ciudad mártir, que cubierta de flores y de banderas parecía decir á París: «Haz tú lo mismo.»

Lo que en un principio había sido lisa y llanamente una demostración de entusiasmo, se ha convertido en una especie de culto.

Hoy se va á la plaza de la Concordia como á una romería, con un piadoso recogimiento.

Todas las tropas, guardia movilizada y guardia sedentaria que atraviesan por aquella parte de París, hacen los honores á la figura simbólica de la ciudad de Estrasburgo.

El domingo corrió el rumor de que el señor cura párroco de la Magdalena diría una misa al pie de la estatua; pero no era cierta la noticia.

Continuamente se pronuncian discursos que aplauden la muchedumbre, en los que se enaltece como es debido, la constancia y el valor de una población medio reducida á cenizas, y que sin embargo, consultada por el valiente general Urich que dirige la defensa, contesta unánime que no se rendirá y soporta los horrores del bombardeo.

¡Y la Prusia pretende agregar á sus estados un territorio en cuyos habitantes arde tan vivo el sentimiento de su nacionalidad francesa! ¡Estrasburgo está diciendo bien claro lo que serían para la Prusia semejantes súbditos!

No, la Francia no cederá «ni una pulgada de su territorio, ni una piedra de sus fortalezas.»

Así lo dijo Julio Favre en su circular, y así lo declara hoy terminantemente todo el gobierno.

Esta declaración se ha hecho porque en estos días han corrido rumores de armisticio y de paz, y se ha llegado á suponer que la marcha señalada por algunos periódicos de Jules Favre al cuartel general del rey de Prusia tenía por objeto aquellas negociaciones.

Ignoramos lo que hay de cierto en estos rumores, y lo único que podemos hacer es informar al lector de lo que traen sobre el asunto algunos diarios.

En primer lugar, los últimos despachos de Londres que han podido recibirse en París, nos manifestaban cuál había sido el papel del gabinete británico, después de las conferencias con M. Thiers, enviado allí en misión extraordinaria por el gobierno de la defensa nacional.

Vemos, pues, que el gobierno de la reina ha servido de mediador entre los beligerantes, transmitiendo al gobierno francés por lord Lyons las comunicaciones de Prusia, y las de Francia á Prusia por M. de Bernstorff.

Sin embargo, como no se ha aceptado ninguna base de negociaciones, según el despacho á que nos referimos, es de creer que el gabinete inglés ha dado por terminada su tarea.

M. Thiers ha vuelto á Tours.

Mas hé aquí que el domingo se anuncia la salida de M. Jules Favre para el cuartel general del rey de Prusia, acompañado de su secretario particular M. Ring, que posee

correctamente la lengua alemana y es un agregado del ministerio de Negocios extranjeros.

Hay quien añade que le acompañaba también M. Warburn, ministro de los Estados Unidos.

Ahora bien, ¿se ha tratado ó se trata en esta entrevista de un armisticio para que la Francia pueda elegir su Asamblea constituyente, ó de las bases de la paz?

Los que se suponen bien enterados dicen que solo la paz ha debido ser objeto de las conferencias entre M. Jules Favre y M. de Bismark; que las negociaciones de la paz precederán al convenio de una suspensión de hostilidades; que las cláusulas de la paz deberán discutirse y fijarse por el ministro alemán con el gobierno de la defensa nacional, salvo la ratificación que será dada ó negada ulteriormente por el gobierno definitivo; y en fin, que no se agitará la cuestión de armisticio hasta que el gobierno de la defensa nacional haya concluido el tratado de paz.

Estos son los rumores más acreditados.

¿Qué confianza debemos tener en las esperanzas que despiertan? Por nuestra parte, esa confianza es muy escasa. El rey Guillermo, embriagado con sus victorias, se halla á las puertas de París; y á nuestro juicio no le detendrán ahí las negociaciones.

En lo que se debe confiar única y exclusivamente por ahora, es en el denuedo de los cuatrocientos mil defensores con que cuenta París: en sus manos está la salvación de la Francia.

MARIANO URRABIETA.

Los dos Adolfos.

Dos jóvenes, Adolfo Ferriere y Adolfo Jaucourt se encontraron en el mundo, y desde el primer momento que se vieron, dijo Jaucourt para sí: «Simpatizo con este hombre, deseo sea mi amigo.» Se hicieron efectivamente muy amigos, y Ferriere le confesó á Jaucourt que al verle había sentido lo mismo hacía él.

Sin duda ninguna solo el tiempo puede hacer una amistad sólida y verdadera, pero también es verdad que basta solo un momento para que nazca el deseo y la necesidad de una amistad íntima. Lo vemos palpablemente todos los días; hay personas á quienes nos basta ver una sola vez para simpatizar con ellas, para que nos inspiren una entera confianza, al paso que hay otras cuyas facciones, cuyas miradas, cuyos modales tienen un no sé qué que nos desagrada, nos aparta de ellas y nos inspira cierta antipatía, de modo que los veremos por espacio de diez años consecutivos, y nunca son para nosotros más que extraños, aun cuando la frecuencia de verlos nos descubra las mejores cualidades. Brillante efecto de la simpatía, de este agente misterioso que arrastra tras sí, y aun á pesar suyo, la razón y la voluntad, y que generalmente es nuestro mejor guía, y cuyos fenómenos han ocupado la imaginación de los poetas, que hasta la han llamado esencia divina, que la han colocado en nuestra alma, y que los fisiologistas, hombres positivos y sin fantasías, han llamado de buena fe fluido magnético. ¡Felices los ignorantes y los estúpidos, si el talento y el saber tienen por inevitable efecto la destrucción de toda creencia, de toda religión, de toda poesía y, por lo tanto, de toda felicidad!

Lo más singular y más extraordinario, como todos pueden haber observado, es que la simpatía se ejerce muchas veces simultáneamente en caracteres los más opuestos.

Vemos á un hombre, le tendemos nuestra mano, le ofrecemos nuestra amistad, que acepta por la suya, y después que sucede un íntimo trato nos quedamos admirados al ver que en sus gustos, su genio, su humor son enteramente opuestos á nosotros; y sin embargo de estos contrastes, nuestra amistad se fortifica; porque la simpatía ha creado el lazo, las antipatías le hacen duradero.

Sin esta oposición de carácter las relaciones de amistad perecen como por consunción, acabarían por lo que lo consume todo con una muerte lenta, el fastidio ó la uniformidad. Así como la luz nace del choque de las opiniones, así también las relaciones sociales se extienden y consolidan por la contradicción y por el diferente modo de ver las cosas.

No hay nada tan insoportable como una persona á quien está ligada nuestra existencia, que responde *amen* á todo lo que decimos; preferiríamos mil veces un bofetón que una perpétua aprobación á todas nuestras acciones y palabras.

Ferriere y Jaucourt eran un ejemplo palpable de lo que acabamos de exponer; cada día se hacía mayor su cariño ó intimidad, porque sus caracteres eran esencialmente opuestos.

Adolfo Ferriere era un calavera en toda la extensión de la palabra, solo pensaba en el momento en que vivía, su existencia se componía solo de un minuto; la menor idea de lo pasado ni de lo porvenir le distraía de lo presente; en su alma no quedaban más vestigios de cualquier acontecimiento que el que queda en el espacio de un sonido. Bien es verdad que hasta la época en que hablamos ni siquiera una nubecilla había oscurecido el hermoso sol de su vida; todo le sonreía, placeres, riquezas, amistad; pues Ferriere no era egoísta, y cualquiera pesar de las personas que amaba hu-

biera sin duda despertado su sensibilidad y su memoria. Pero nada hasta entonces le había sido adverso, y gozaba de la vida como si no hubiese pensado que la vida es corta, sobre todo la vida de los placeres.

Adolfo Jaucourt era la sombra de este brillante cuadro. Menos rico que Ferriere, su fortuna era, sin embargo, muy regular; pero él no gozaba de ella, pues parecía que solo pensaba en atormentarse con el porvenir: en medio de los placeres de mas algazara, en medio de las mayores orgías, su frente triste y arrugada manifestaba las inquietudes de su alma; pues el día de hoy se oscurecía para él con los temores del día mañana.

La ambición de riquezas le devoraba, pero como se conocía demasiado indolente para aumentar su fortuna, tenía miedo de perderla, y este miedo le hacía ver sin cesar incendios, bancarrotas, revoluciones.

Participaba á sus amigos pueriles temores, y sufría con el mayor gusto las continuas y pesadas chanzonetas que con este motivo le daba continuamente Ferriere, prefiriendo esto á entrar en cuestión y oír razones que quizá le hubieran al fin convencido.

No podía sufrir que le contrariasen en sus ideas y acciones, y tenía la cualidad, muy rara en los hombres de su carácter, que nunca reprobaba las acciones de los demás por más opuestas que fuesen á sus sentimientos; esta tolerancia le hacía más apreciable á los ojos de Ferriere, que hubiera recibido muy mal un mentor á su lado. Jaucourt era sobrio, pero comprendía la orgía, solo bebía agua, y sin embargo, creía en los placeres del vino de Champagne: su corazón árido y frío, ignoraba el amor, pero no le admiraba que una mujer pudiese inspirar una vehemente pasión.

Era en fin, uno de aquellos hombres egoístas con los cuales nunca se debe contar mucho, pero que no tienen la absurda pretensión de imitar á Dios, queriendo hacer el hombre á su imagen y que no comprenden exclusivamente sus defectos.

Así se pasaron algunos años: Ferriere engolfado en los placeres y Jaucourt con la costumbre que había tomado de reunirse todos los días con su amigo y participar de su vida errante y vagabunda, sin tomar más parte de la de su presencia en las tumultuosas peripecias que la poetizaban.

En esto rayaron en treinta años los dos amigos: edad fatal, alto que se hace en la vida, momento en que es preciso mirar atrás, y ver si se ha extraviado en el camino que se ha recorrido, y en que muchas veces falta ya el tiempo para volverse atrás y encontrar el verdadero.

A treinta años ya no se es joven, no se es todavía añejo; á treinta años no se es más que un hombre, cualidad vaga, situación falsa, estado ambiguo, en el que no se tienen ya las licencias de la juventud ni para desquitarse se merecen todavía los privilegios de la vejez. Se ha llegado á la edad madura: ¿y qué quiere decir eso? que se ha llegado al apogeo y empieza el retroceso.

Algunas veces las mamás nos hacen la corte para con sus hijas, pero las hijas son naturalmente de distinta opinión que las mamás. Treinta años ofrecen todas las garantías que desean los padres, pero las jóvenes piden otras de que quizá carecemos, y nos reciben como una penitencia después de una confesión fastidiosa.

A treinta años empieza á blanquear el pelo, se pinta ya en el rincón del ojo esa arruga maligna que se llama comunmente, *pata de ganso*.

A treinta años solo se es bueno para ser diputado ó director de un periódico ministerial; á esa edad se juega á los dados, adora uno á su mujer, se tiene un gato ó un perrito, y se lleva chaleco de franela y chanclos, etc...

A treinta años no hay todavía una absoluta necesidad de llevar peluca, pero ya se empieza á ser calvo.

Nuestros dos amigos habían llegado ya á esta edad. Ferriere no era ya aquel joven alegre é intrépido que hemos visto, estaba cansado de los placeres de disolución en medio de los cuales su juventud se había deslizado alegre y rápida, pero que fatigan pronto, porque generalmente son placeres del alma. Jaucourt hubiera continuado lo mismo, aunque hubiera vivido cien años, se había conservado en el mismo estado en medio del torbellino que hubiera podido arrastrarle.

Adolfo Ferriere había conservado, sin embargo, toda la vivacidad de su carácter; por lo tanto el descanso y la tranquilidad le eran insoportables: se decidió entonces á buscar en el trabajo un remedio contra el fastidio, y á instancias de un amigo de su familia, que gozaba de mucho favor, y que le había ofrecido muchas veces influir para que se le diese un destino superior en rentas, lo solicitó, siguió esta resolución con el mismo ardor con que hacía todas sus cosas, y pronto tomó posesión del brillante puesto que ambicionaba.

Su nueva carrera le trajo nuevas costumbres, tomó gusto al trabajo, y como no le era necesario en su bufete un compañero como le había sido en sus disoluciones, no veía con tanta frecuencia á Jaucourt, de modo que llegó á verlo muy rara vez; tan embebido estaba en sus ocupaciones.

Cuando Jaucourt, que no tenía más amigo que Ferriere se encontró solo, se entregó enteramente á sus melancólicas ideas que el tiempo había hecho más tristes y sombrías todavía, y empezó á concebir hacia Ferriere una violenta adversión. «¡Me ha encontrado bueno para participar de sus placeres, decía con amargura, y ahora me cree indigno de ayudarle en su trabajo!... Si él quisiera, en su nueva posición, podía obtener también para mí un destino honroso y lucrativo... pero no, porque al pedir para otro no se puede pedir para

Baterías y ejército bávaro.

Arrabal de Sedan, inundado.

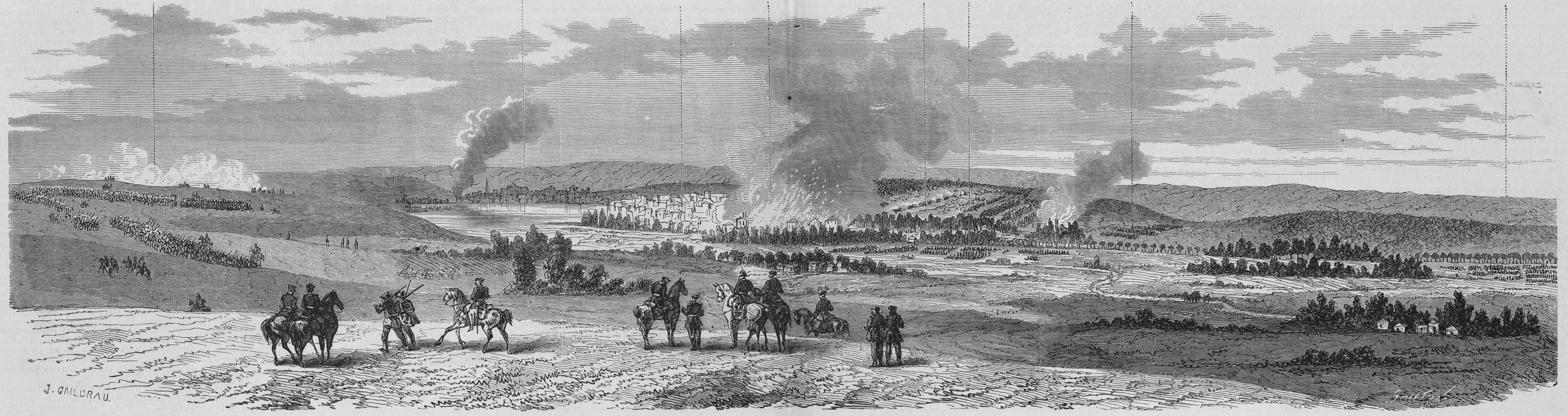
Villa de Sedan.

Bazeilles.

Caballería prusiana.
Baterías prusianas.

Caballería prusiana.

Ejército de reserva prusiano.



LA BATALLA DE SEDAN, 1º DE SETIEMBRE DE 1870.

Ejército francés. Baterías francesas.

El Mosa.

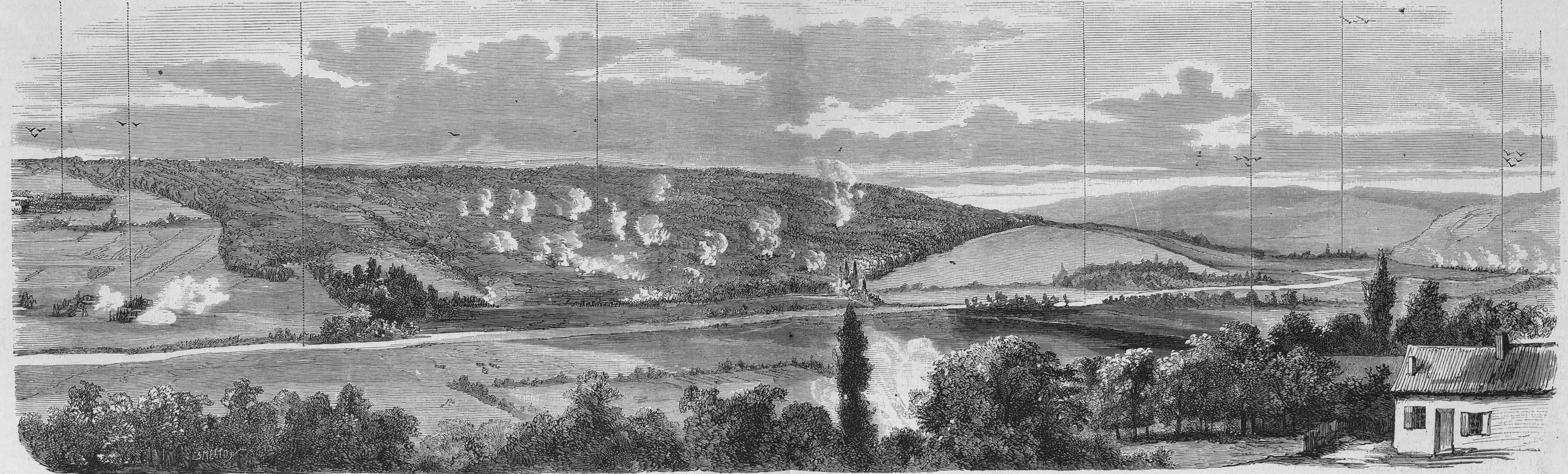
Bosque de Mouzon incendiado por las bombas.

El Mosa.

Villemontry.

Bosque de Faily.

Las tres fuentes.
Baterías prusianas.



LA BATALLA DE MOUZON, EL 30 DE AGOSTO DE 1870.

sí; y quién sabe quizá, hasta sueña con un ministerio.»

Cada día se irritaba mas y mas contra Ferriere, y concluía con este afonismo político. «*El que no está conmigo está contra mí*, diciéndose á sí mismo, el que pudiéndome hacer bien no lo hace, me hace mal.» Partiendo de este falso principio engendró en su alma un odio implacable contra su amigo, el que robustecía con la imposibilidad de satisfacerlo.

Ferriere no tenía ni siquiera la menor sospecha de las malas disposiciones de Jaucourt hacia él; así es que aunque le veía poco, era porque sus muchas ocupaciones no se lo permitían, pero profesaba siempre á su antiguo compañero la misma tierna y sincera amistad, y creía como antes que era afectuosamente correspondido.

Una circunstancia de gravedad que llevó á Ferriere en casa de Jaucourt probara indudablemente que el primero no había dudado un solo momento del buen corazón de su amigo.

Era mas de media noche, Jaucourt acababa de acostarse cuando su criado entró á decirle que Adolfo Ferriere deseaba hablarle al momento de un asunto muy urgente é importante: Jaucourt mandó al momento que pasase adelante, y apenas entró se sorprendió al ver á Ferriere sumamente agitado y descompuesto. Todos los motivos que creía tener de resentimiento contra Ferriere desaparecieron al ver el estado de dolor en que se encontraba su antiguo amigo, y en aquel momento sintió una inquietud sincera al preguntarle la causa de la agitación y tristeza en que le veía. «*Dos palabras te lo explicarán, le contestó este, mañana por la mañana voy á batirme, y como tú eres mi mayor amigo vengo á suplicarte que me sirvas de testigo, porque lo que reclamo de tí no es solo tu presencia en el desafío, para esto basta un simple conocimiento, y por lo tanto no te hubiera incomodado á esta hora: espero pues de tí, si sucumbo, un servicio importante; voy á hacerte uno de aquellos encargos que solo se hacen á un hermano, cuando se tiene, y que yo te hago á tí como á mi hermano en amistad.*»

Ferriere habló con tanta precipitación que no le dio tiempo á Jaucourt para interrumpirlo y pedirle algunas explicaciones sobre la causa de aquel duelo. Pero pronto tuvo tiempo suficiente para preguntarle, pues Ferriere apenas concluyó las anteriores palabras se dejó caer en el sofá como fatigado y desvanecido por un esfuerzo violento. Al fin recobró su serenidad y respondió á las preguntas de su amigo. «*Es un asunto de la mayor gravedad, le dijo, un duelo que nada puede impedir; permíteme no te diga mas, pues es un secreto que no pertenece solo á mí, bástete saber que he contestado con un bofetón á la insolencia de un hombre; con que ya ves que el desafío es inevitable... Toma, añadió, sacando de su bolsillo un paquete cerrado, toma este paquete, lo confío á tu honor, á tu amistad; si la suerte de las armas me es favorable me lo volverás, si al contrario me es adversa, encima de mi bufete encontrarás una carta que te instruirá de lo que debes hacer de él y de lo que espero de tu afecto. Ahora te dejo, la cita es mañana al medio día en Saint-Mandé, por lo que vendré á buscarte á las once. Adios.*»

Al marcharse Ferriere quedó Jaucourt por algun tiempo embobado en sus reflexiones: pero á poco se desarrugó su frente y se pintó en su semblante una alegría maligna. En fin, el hombre dichoso ha encontrado el pesar, dijo con un suspiro de satisfacción; ya era tiempo, pues he llegado á ver el momento en que para desafiar á la suerte iba á arrojar su anillo al mar... Despues mirando con curiosidad el paquete que le había entregado Ferriere: ¡qué podrá ser! exclamó... si pudiera por medio del sobre... no, imposible... pero un poco de paciencia, añadió con risa salánica, el corazón me dice que antes de doce horas podré con toda libertad romper este sello.

En seguida apagó su bugía y durmió hasta las diez de la mañana.

Los sombríos presentimientos de Ferriere no le habían engañado: herido de un balazo en el pecho, apenas tuvo tiempo de apretar la mano á su amigo, recomendarle su encargo y espiró. Marchóse al momento Jaucourt á casa de Ferriere, y encontró la siguiente carta.

«*Ve al momento á casa de la señorita Luisa de Cerceley, en la calle del Faubourg Saint-Honoré núm. 85. He muerto para vengar su honor, y no quiero que no existiendo yo, pueda correr el menor peligro: entrégale por lo tanto el paquete que te he confiado: son las cartas que ella me ha escrito, tú pídele las mías y quémalas sin leerlas. No creo necesario el recomendarte la mayor prudencia al anunciarle la triste noticia de mi muerte. Díle que mi último suspiro ha sido para ella, y que he muerto por lo que llenaba mi existencia, por su amor. Adios, concede algun recuerdo á tu desgraciado amigo, ADOLFO FERRIERE.*»

Ni siquiera una lágrima se asomó á los párpados de Jaucourt al leer este triste y último adios de su amigo. Su primer movimiento fué el placer que se siente al ir á satisfacer una curiosidad. Rompió el paquete, leyó algunas de las cartas que encerraba, y su fisonomía se animaba con una alegría feroz. Una idea se apoderó de su alma como una revelación del infierno, y salió para ir á casa de la señorita de Cerceley.

Como hombre que conoce el mundo y no ignorando que Luisa tenía un padre, preguntó por la camarera de la señorita, y la suplicó le proporcionase hablarla, pues tenía que tratar con ella de un asunto de grande importancia, y que exigía el mayor misterio; y al cabo

de un rato lo introdujo esta en un gabinete en donde estaba Luisa.

No sabiendo Jaucourt cómo entablar la conversacion y manifestarla el motivo de su visita, creyó lo mas sencillo entregarle á la infeliz la carta que le había dejado Ferriere, sin calcular los resultados que tendría dar una mala noticia tan bruscamente: apenas había leído Luisa algunas palabras dió un grito y cayó sin conocimiento.

Jaucourt se asustó, pero se tranquilizó despues viendo que no se había oído el grito porque nadie acudió; tomó entonces de encima de la chimenea un frasquito y le hizo oler su esencia, y á poco volvió en sí. Entonces le manifestó Jaucourt los deseos de Ferriere, puso sobre una mesita las cartas de la tierna Luisa y la rogó le diera las de Ferriere.

— Jamás, exclamó Luisa; es lo único que me resta de él, nunca me desprenderé de ellas.

— Señorita, respondió Jaucourt con la sangre fria de un hombre que especula sobre intereses ajenos, es la última voluntad de Adolfo, yo no saldré de aquí sin que me deis esas cartas.

Pero viendo la terrible impresion que produjeron estas palabras tan duras en la desgraciada Luisa, tomó un tono mas dulce y la dijo:

— Considerad, señorita, que ha sido por vuestro propio interés, por lo que Adolfo ha querido que estas cartas fuesen quemadas. Vos no sois libre, vuestro padre puede un día disponer de vuestra mano; y entonces...

— ¡Ah! nunca, nunca seré de otro, exclamó Luisa.

Jaucourt se sonrió, dirigió una mirada á las cartas de Luisa, y continuó:

— Esas cartas podrían comprometeros, y por otra parte solo os servirían para recordaros una desgracia irreparable... apresuraos... alguien puede venir... dad á Adolfo la última prueba de vuestro cariño obedeciendo sus últimos deseos.

Luisa bajó la cabeza, dió un suspiro, y abriendo su cómoda sacó un cofrecillo que tenía oculto detrás de sus papalinas y pañoletas, y lo entregó á Jaucourt.

— ¿Y la llave, señorita?

— Ahí la teneis caballero, dijo Luisa, sacándosela del pecho.

Jaucourt entonces tomó con una mano las cartas del cofrecillo, y con la otra la correspondencia de Luisa que estaba sobre la mesita: «*que todo quede aniquilado*» y las arrojó á las llamas en la chimenea. Luisa estaba tan turbada que no vió que solo las cartas de Ferriere habían sido las quemadas, y que las suyas habían pasado con la mayor destreza al bolsillo de Jaucourt; pues al ver perecer en las llamas todo lo que le quedaba de su amante cayó desmayada en el sofá; en este estado se oyeron pasos y Jaucourt se retiró.

Al momento que Jaucourt volvió á su casa examinó y leyó una por una todas las cartas, rompió las que tenían el sobre á Ferriere, y guardó la mayor parte que no tenían sobre ninguno, ya porque habían sido entregadas de mano en mano, ya porque teniendo escritas las cuatro páginas había sido preciso para cerrarlas recurrir á una cubierta: estas cartas empezaban todas con «*Adolfo mio, querido Adolfo de mi vida.*» Las guardó con todo cuidado en su bufete, exclamando: «*Nos veremos.*»

Cuatro meses despues de los acontecimientos que acabamos de relatar, el conde de Cerceley, padre de Luisa, estaba sentado en su gabinete delante de una mesa cubierta de papeles. Pálido, agitado y trémulo, ya de dolor, ya de indignación, leía unas cartas que, ora provocaban su ira, ora le arrancaban lágrimas. Enfrente de él había un hombre que examinaba con intencion maligna todos sus movimientos, y cuyo rostro se animaba á medida que la frente del anciano aparecía mas sombría y mas llena de pesar.

El hombre era Adolfo Jaucourt, y las cartas que leía el conde eran las de Luisa á Adolfo de Ferriere.

— Está bien, caballero, dijo el conde al concluir su lectura, dentro de veinte y cuatro horas tendreis mi contestación.

Jaucourt salió, el conde llamó á un criado.

— Decid á mi hija que venga, que tengo que hablarla.

El criado se inclinó y salió.

Mas de una hora estuvo Luisa encerrada con su padre, y cuando salió tenía los ojos hinchados y llorosos, y no será difícil adivinar lo que pasó entre los dos, porque tres semanas despues Adolfo Jaucourt condujo al altar á la hija única del noble y rico conde de Cerceley.

Jaucourt había ya realizado sus deseos: ya era rico, muy rico, y el nombre y crédito de su suegro proporcionaba un inmenso estadió á su ambición. Sin embargo, esta union no podía menos de ser muy desgraciada, pues Luisa no solo no amaba á su marido, sino que le despreciaba, y este la correspondía con este odio de instinto que se profesa á las personas hacia las cuales se tiene que reprochar graves ofensas.

Luisa, á los cuatro años de matrimonio, fué madre por primera vez, un año despues dió á luz otro hijo, y al año siguiente un tercero. Esta circunstancia, que debía consolar algun tanto la triste existencia de la esposa de Jaucourt, fué para ella fria é insensible. Y ¡cosa singular! ¡Fenómeno felizmente muy raro! ¡Luisa no amaba á sus hijos!

Ya sea que le recordaban un hombre que solo le inspiraba horror, ya que todos sus sentimientos, toda su energía se hubiesen apagado con las lágrimas y el dolor, los pobres inocentes al nacer estaban desheredados de amor maternal. Por una singularidad del acaso, sucedió todo lo contrario á Jaucourt: amaba á sus hijos

con delirio, los tenía criándolos á dos leguas de Paris, y todos los días iba á pasar algunas horas á su lado y á llenarlos de caricias.

La ternura que profesaba á sus hijos no había, sin embargo, trocado los sentimientos de su corazón hacia la mujer á quien los debía.

Cada día la infeliz Luisa era el blanco de los malos tratos de su marido.

Jaucourt se había unido á varios jóvenes que había conocido en la bolsa y en el café inglés, y todas las semanas los recibía á comer; exigía que su mujer hiciera los honores de esta reunion de calaveras: y en los postres, cuando exaltado por los alegres chistes de sus convidados, y por los vinos que circulaban con profusion, se entregaba á los trasportes de una alegría desordenada, entonces su desgraciada esposa era el objeto de sus amargas burlas y de sus imperiosos sarcasmos.

Le reprochaba su amor á Ferriere, se burlaba sobre todo de sus cartas, á las cuales debía la brillante fortuna de que gozaba con tanto desorden. Algunos de sus amigos, animados á veces por la indigna conducta de Jaucourt para con su mujer, se olvidaban hasta el extremo de faltar al respeto á Luisa, y entonces Jaucourt, lleno de gozo, brindaba al que había dicho á su Luisa el epigrama mas amargo.

Uno de los días en que los convidados se habían entregado mas que nunca á los desórdenes de la mesa, Jaucourt había inventado nuevas humillaciones que hacer sufrir á su mujer, y llegó á tanto su imprudencia, que habiendo partido un plato asado entre todos, cogió los huesos del ave y los mandó por un criado á Luisa, diciéndole:

— Tomad, esto es todavía demasiado bueno para lo que merecis.

Llegaron por fin á los postres, y empezaba Jaucourt, como de costumbre, su guerra infame contra Luisa, cuando esta, que hasta entonces había guardado el mas profundo silencio, se levantó bruscamente, el rostro pálido, los labios cárdenos y apretados.

— Señor de Jaucourt, exclamó, ¡sois un cobarde!

A este vivo apóstrofe se oyó un rumor entre los convidados; Jaucourt quiso hablar, pero Luisa lo petrificó con una mirada fija y amenazadora:

— Sois un cobarde, repitió con voz fuerte é imponente. Despues de haber cometido una felonía para casaros conmigo, no hay pesar con que no me hayais agobiado, no hay humillación que no me hayais hecho sufrir, solo porque vuestra conciencia os dice que no podeis inspirarme mas que horror y desprecio... Os dejo, señor de Jaucourt, pero antes quiero despedirme de vos como merecis... Adorais á vuestros hijos, es verdad, los tigres tambien aman á sus cachorros... ¡Pues bien! sabed que de los tres, uno solo es hijo vuestro, y nueva sabreis cuál es.

Dos minutos despues, se oyó el ruido de un coche que partía sin que el marido de Luisa, aterrado, anonadado por las terribles palabras de su mujer, tuviese fuerza para dar un paso y oponerse á su partida. X.

Escenas de la vida inglesa.

EL OBRERO.

(Continuacion. — Véase el número 924.)

M. Raby exclamó diciendo:

— Estais condenados entrambos á beber una copa de champaña por vuestra infidelidad á la lengua nacional.

— Muy bien, dijo Coventry, acepto mi sentencia.

— Y yo lo mismo, añadió Gracia.

En medio de los alegres dichos que continuaron cambiándose durante la comida, un objeto llamó la atención de Gracia.

Era un cuadro vuelto hacia la pared y que tenía en el lienzo algunas palabras escritas en gruesos caracteres negros.

Esta particularidad llamó la curiosidad de la joven.

Cada vez que podía sin que la observaran, echar una mirada al lienzo, lo hacia para descifrar la inscripción; pero fuera por temor de parecer indiscreta, ó porque se interponía un candelabro no pudo conseguirlo.

Tuvo tentaciones de interrogar sobre esto á M. Raby; mas habiendo notado que los demás cuadros eran retratos de familia, conjeturó que aquel que la interesaba debía ser un personaje desagradable para M. Raby y que sería impertinente hacerle preguntas sobre el asunto.

Sin embargo, el misterio la preocupaba.

A eso de las ocho anunció un criado que el salon estaba alumbrado.

Sobre esto M. Raby se levantó y ofreció su brazo á la bella convidada, sin dejarla tiempo de continuar sus observaciones.

Gracia encontró en el salon un clavicordio y un piano.

En tanto que los dos gentlemen fumaban en el cuarto contiguo, la joven tocó algunos recuerdos de Mendelssohn y de Schubert.

Despues descubrió un viejo libro de música donde estaba el *Othon* de Haendel y tocó la obertura y el minué.

Sus oyentes cesaron de aplaudir y se acercaron para escuchar religiosamente al inmortal melodista.

Tal es el efecto de su bella música: los labios enmudecen cuando el corazón se hechiza.

Trajeron el café y antes de que hubieran tenido tiempo de servirle, otro criado anunció los *wassailers*.

— Que entren, dijo M. Raby.

Inmediatamente un numeroso grupo compuesto de los chicos de la escuela y de la juventud del pueblo, llenó las dos salas, y después de haber saludado á todo el mundo entonó el *Christmas Carol*, que principia diciendo:

Feliz compañía,
La paz sea con vosotros...

Luego vino la ceremonia de los presentes.

Un mancebo ofreció una imagen de la Virgen y del Niño, otro una caja de confites y otro presentó la copa del *wassail* (bebida de manzana, cerveza y azúcar), donde M. Raby y M. Coventry echaron algunas monedas.

Gracia buscó su bolsillo para dar su ofrenda.

— Aquí está por la señora, dijo el squire impaciente; pagaré por mí en las próximas Navidades.

Los *wassailers* se retiraron y M. Raby los acompañó dirigiéndoles algunas palabras cariñosas.

Miss Garden aprovechó el momento para preguntar á M. Coventry si había observado el cuadro vuelto hacia la pared, y sobre su respuesta afirmativa la jóven curiosa añadió:

— ¿Sabeis quién es?

— Lo ignoro completamente.

— ¿Habeis leído la inscripción?

— No; pero si lo deseais iré á verla.

— Quizás le disgustaría á M. Raby, pues no hay excusa para volver ahora al comedor.

— Nada más sencillo, enviadme á buscar vuestro pañuelo.

— Es verdad... M. Coventry, dijo Gracia elevando la voz. ¿Tendriais la bondad de ir á ver si no se me ha olvidado el pañuelo en el comedor?

M. Coventry se apresuró á desempeñar su misión, pero volvió casi inmediatamente diciendo que las luces estaban apagadas y que los criados arreglaban la mesa.

— No le hace, dijo miss Garden, yo trataré de ver durante la cena.

Peró pasó mucho tiempo hasta que llamaron á cenar, tiempo que empleó M. Coventry en hacer la corte á la jóven.

Eran ya las once cuando M. Raby volvió á presentarse.

Nuestros tres personajes pasaron de nuevo á la sala del festín, que esta vez se hallaba muy oscura, no obstante los candeleros que había en la mesa y en las paredes.

M. Raby dijo á sus convidados que aquella oscuridad figuraba las tinieblas que reinaban en el mundo antes del nacimiento del Salvador.

Inmediatamente sirvieron á cada uno una cucharada de *frumety*, añadiendo que no tenían necesidad de comer aquel manjar primitivo, pues la verdadera cena se serviría al dar las doce.

Y sobre esto el amo de la casa abrió una *Biblia* que le trajeron en una bandeja de plata y se sumergió en la lectura del libro santo.

El silencio más profundo reinaba en el comedor, cuando se oyó un golpecito en los cristales de la ventana.

M. Raby cerró su *Biblia*, se adelantó hacia la ventana que abrió, y se oyó una voz de mujer, pura y vibrante, que entonó fuera un villancico.

Mientras el coro cantaba fuera, entró Jael con la que había cantado por la puerta de cristales, y las dos jóvenes reunidas repitieron la copla.

Su método no era suave y refinado como el de las señoras, sino que cantaban con toda la fuerza de sus pulmones y con una voz tan vibrante que todos los cristales de la sala resonaron como arpas.

Entre tanto la muchedumbre fluía á las puertas y la sala se llenó muy luego de ejecutantes y de oyentes.

Concluido el villancico con acompañamiento de órgano, aparecieron varios sirvientes con teas encendidas y se pusieron en fila esperando la señal del squire.

El squire miró su reloj y viendo que eran ya cerca de las doce, mandó que abriesen todas sus puertas para que se pudiese oír bien la campana del reloj de torre.

Al primer cuarto, al segundo y al tercero, hubo un profundo silencio; pero al cuarto y á la primera campanada de las doce el órgano estalló como un trueno y cincuenta voces entonaron el *Gloria in excelsis Deo*.

Al mismo tiempo los hombres de las teas se dispersaron por la sala y encendieron todos los candelabros.

Antes del fin del himno, la sala entera estaba radiante de luces: había trescientas bugias, era la Navidad.

Trajeron un enorme bol de ponche y le pusieron delante del squire.

Este llenó una copa que llevó á sus labios y exclamó diciendo:

— Amigos y vecinos, os deseo á todos felices Navidades.

Una triple salva de aplausos despertó los ecos del viejo castillo. Los ojos de Gracia se humedecieron.

Al desviarse para ocultar su emoción, sus miradas cayeron sobre el cuadro vuelto y sobre el letrero entonces inundado de luz.

Leyó distintamente;

ENTRÓ EN LA INDUSTRIA.

Si en aquel momento solemne una trompeta rajada hubiese tocado una polka en su oído, Gracia no habría sentido mayor pesar que el que sintió con la lectura de aquella inscripción que brillaba entre dos focos de luz encendidos en honor de aquel cuya madre «estaba también en la industria» cuando él vino al mundo.

La jóven disimuló lo mejor que pudo su emoción; pero toda la noche se resintió de aquella impresión penosa y antes del fin de la cena se retiró con pretexto de que estaba cansada, no sin arrojar una postrer mirada sobre el lienzo misterioso.

En la otra mañana le volvió á ver durante el almuerzo, pero fué con ojos muy diferentes.

La influencia de la ceremonia religiosa ya no existía, ya no había ningún contraste entre la inscripción y los sentimientos de amor y humildad que despertaba naturalmente la conmemoración del gran suceso del pesebre de Belén.

Parecía que la sociedad entera la miraba desde lo alto del cuadro y la decía cuán supérfluos eran los sentimientos de vaga compasión que turbaban su corazón. Apreciaba mucho á su padrino y fué para ella un descubrimiento importante el saber que M. Raby había vuelto aquel retrato porque el original había caído al nivel de Enrique Little.

Jael Dence volvió de la granja en la tarde de Navidad, y la primera palabra que le dirigió su señorita fué para preguntarle si sabía el nombre de la persona que representaba el retrato vuelto.

Esta vaga designación bastó á Jael para comprender el asunto de que se trataba.

Sin embargo, no pudo dar ninguna noticia afirmativa.

Lo único que había oído decir á su padre era que aquel retrato representaba á la hermana del squire; pero cuando quiso saber más, el anciano la respondió con sequedad que nada la importaba.

— Y seguramente, añadió la jóven, el anciano debe tener sus razones.

— ¿La razón que está escrita detrás del lienzo? dijo miss Garden.

— Probablemente y, á mi juicio, es una razón muy pobre.

— No eres buen juez en esa noticia... De todos modos, yo querría ver ese retrato.

— ¿Y para qué? Además no podriais verle sin exponeros á algún disgusto, porque el cuadro está clavado á la pared. El año último estaba nada más que vuelto; pero he oído decir á los criados que no hace mucho tiempo M. Raby se enfadó con ellos, diciendo que habían tocado el cuadro en su ausencia, y por esto le sujetó de modo que nadie pudiera volverle.

Puede imaginarse el lector el efecto que produjeron estas revelaciones en la mente de miss Garden.

Sin embargo, no duró mucho su impresión.

La jóven tenía á su lado un adorador muy galante, de ilustre cuna y aprobado por su padrino; era más de lo que necesitaba para distraerse.

Los convidados de Raby-hall pasaron agradablemente el día de Navidad.

Por la mañana la iglesia y el *luncheon*; luego un paseo por el parque acompañados por M. Raby.

En la velada M. Raby compuso con arreglo á una receta de familia, un vino con especias que fué servido en una vasija de plata.

Mientras saboreaban el generoso licor, contaron leyendas, siguiendo la costumbre antigua.

M. Raby tenía un repertorio inagotable.

Citaremos la de M. Coventry, que se llevó los honores de la velada.

XIV.

LA LEYENDA DE M. COVENTRY.

« Cuando era yo niño había en mi aldea una vieja que me daba mucho miedo con sus ojazos de mirada extraviada y las palabras incoherentes que eran su lenguaje ordinario.

Pasaba por bruja, y de su juventud se decían cosas terroríficas.

Parece ser que Molly Slater servía en Ballington, pueblo situado entre el nuestro é Hillsboroug, y que sus compañeras se burlaban de ella porque no tenía novio.

Cansada de sus burlas, las dijo un día que esperasen hasta la próxima feria de Hillsborough, añadiendo que si aquel día no tenía novio, antes que volverse sola á casa se comprometería con el diablo.

Sin embargo, Molly se volvió sola de la feria.

Peró cuando iba andando, un mozo se acercó y entabló conversación con ella.

Era un guapo muchacho, á lo menos así la pareció en medio de la noche muy oscura, y su voz era muy suave.

La dijo que se llamaba William Caston.

Desde aquella noche el jóven la hizo la corte, pero siempre en la oscuridad.

Evitaba la luz del día y nunca quería encontrarse frente á una luz, aunque Molly le instaba.

Una noche pues, se oyó un ruido espantoso en la casa; era como el ruido de 20 hombres que estuviesen apaleando trigo en la techumbre.

Todo el mundo acudió y encontraron á Molly Slater

medio estrujada entre la cama y la pared, pues el espacio era tan corto que apenas cabía la mano.

Varios hombres robustos trataron de sacarla de aquella postura; pero la cama y el cuerpo de aquella mujer resistieron á todos los esfuerzos, tanto que fueron á buscar al pastor, porque se imaginaron alguna brujería.

El pastor era un sabio, que hasta pasaba por saber algo más de lo que conviene á un hombre de iglesia.

Llegado al cuarto tomó una luz encendida y la acercó al lugar en donde gemía la pobre Molly.

Dicen que en el mismo instante se estremeció y se puso cadavérico.

Yo ya no me acuerdo bien de lo que entonces pasó; pero parece cierto que se entabló un coloquio entre el pastor y un personaje invisible para todos los demás.

Lo que se afirma es que la voz de este último era muy suave, y que resonaba como las cuerdas de un arpa.

El pastor dijo:

— Dios da tiempo al pecador.

— Puede hacerlo, contestó la voz, porque es el más fuerte.

Entonces el ministro del cielo conjuró á un interlocutor invisible para que esperase un año y un día; pero él se negó, hablando siempre con su voz tan armoniosa.

— Por todo lo que amamos y tememos, dijo el pastor, por todo lo que tú temes y odias, te conjuro que dejes á esa jóven, ó cuando menos, que esperes hasta la víspera de Navidad.

Supongo que el espíritu maligno vió un lazo en aquella proposición, puesto que contestó con una risa que dejó helados á todos los presentes.

Después dijo:

— Por todo lo que temo y odio, no la dejaré nunca; lo único que haré será esperar á que esa vela se haya consumido.

Y la risa resonó de nuevo.

— En ese caso, exclamó el pastor, esperarás toda la eternidad.

Y habiendo hablado así, sopló la luz y asió la vela con ambas manos, como para impedir que se la quitasen...

Los ojos de Gracia chispearon con la llama de la chimenea

— Continúa, exclamó conmovida.

El narrador prosiguió:

« Después de aquel incidente sacaron á la jóven sin dificultad, pero estaba desmayada.

Lo que sorprendió á todo el mundo fué que después de la presión que acababa de sufrir, su cuerpo no tenía señal alguna.

Molly vivió hasta noventa y seis años.

Pasaba por rica, y sin embargo, ningún hombre la solicitó y no pudo casarse.

La llamaban la novia del diablo.

En su vejez corría por los caminos, asustando á los chiquillos, y á mí en particular.

Peró la leyenda tiene un epílogo que voy á contaros.

El ministro se llevó la vela, no se sabe á dónde.

Corrió el rumor de que la había enterrado en la iglesia; y aunque nadie estaba seguro de ello, así se vino á creer generalmente.

Hé aquí ahora lo más curioso de la historia.

Hace tres años el rector actual quiso gobernar el pavimento del santuario, reemplazando las antiguas losas con ladrillos barnizados.

Con gran sorpresa los obreros hallaron debajo de las losas muchos ladrillos, que habían enterrado allí como deshechos en una época en que se hacía poco caso de sus antigüedades.

Este descubrimiento incitó al rector á hacer excavaciones, y cuanto más profundizaban más ladrillos descubrían.

En ciertos sitios llegaban hasta los cimientos.

También hallaron una caja de encina de 48 pulgadas de larga, incrustada en la roca.

El maestro albañil no quiso abrirla no estando presente el rector, y le envió á buscar; pero antes que llegara ya estaban allí la mitad de los habitantes de la aldea.

Entre las conjeturas que se hacían, las tres principales eran las siguientes:

El especiero Wilder decía que era un tesoro escondido por los frailes.

Entre paréntesis, añadió el narrador, Wilder es un viejo avaro bien conocido; es el único hombre del país que puede contar con una reserva de esas guineas.

— Pues yo le respeto, dijo con presteza M. Raby. ¡ Viva Wilder! ¿ Y la segunda conjetura?

— El esqueleto de un niño.

Esta no sé de quién salió; pero como era la más absurda tuvo los votos de la mayoría.

La minoría la combatió y el sepulturero la dió el golpe de gracia emitiendo esta tercera suposición:

« Solo los forasteros podían admitir aquella fábula: él que era del pueblo y su padre también, lo que afirmaba era que la caja debía contener la vela de la difunta bruja Molly.»

Todo el mundo recordó entonces la historia de Molly y la generalidad de los asistentes adoptó la opinión del sepulturero...

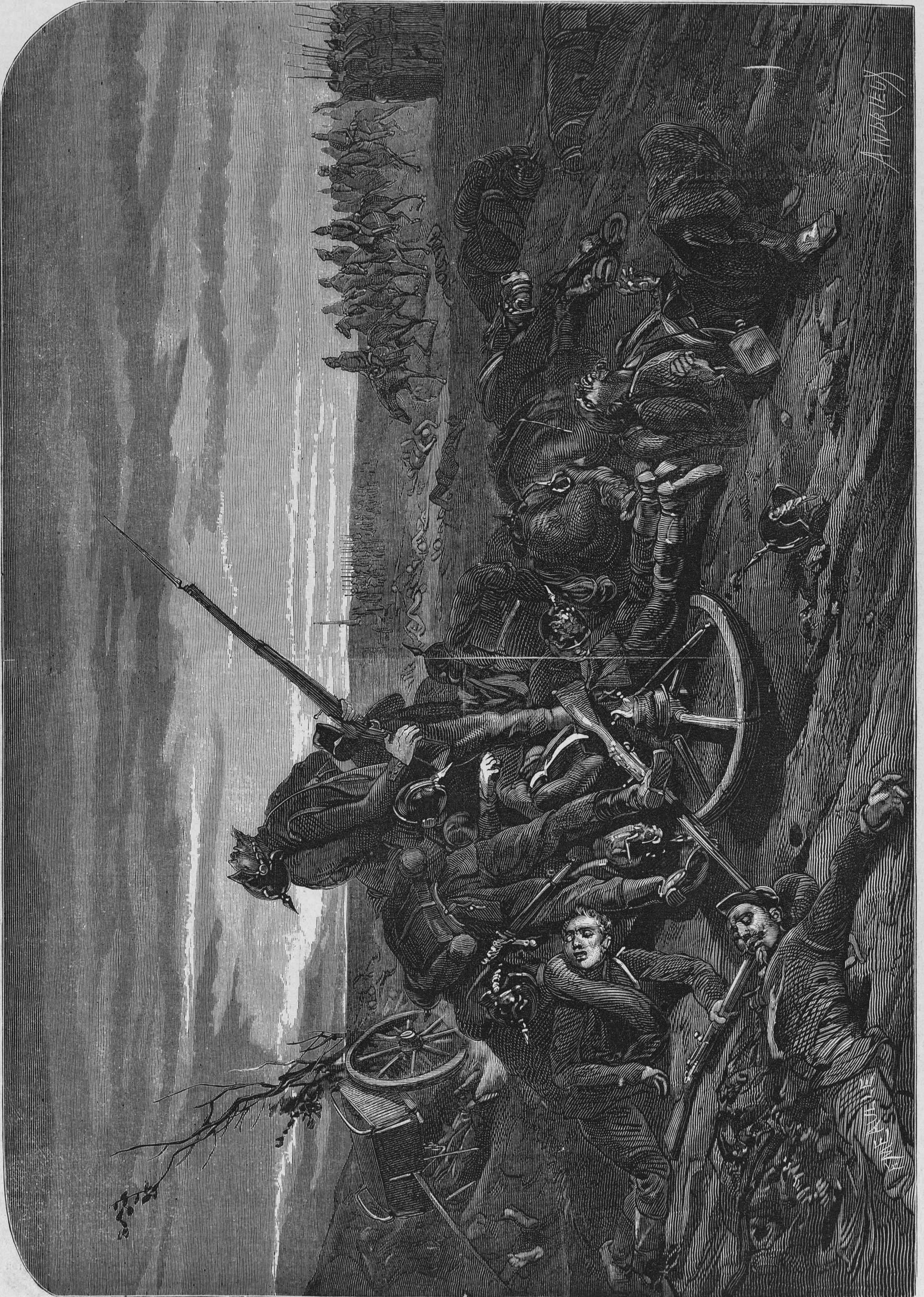
— Pero todo esto debe fastidiaros...

— No por cierto, nos interesa mucho. Llegó el rector y abrió la caja...

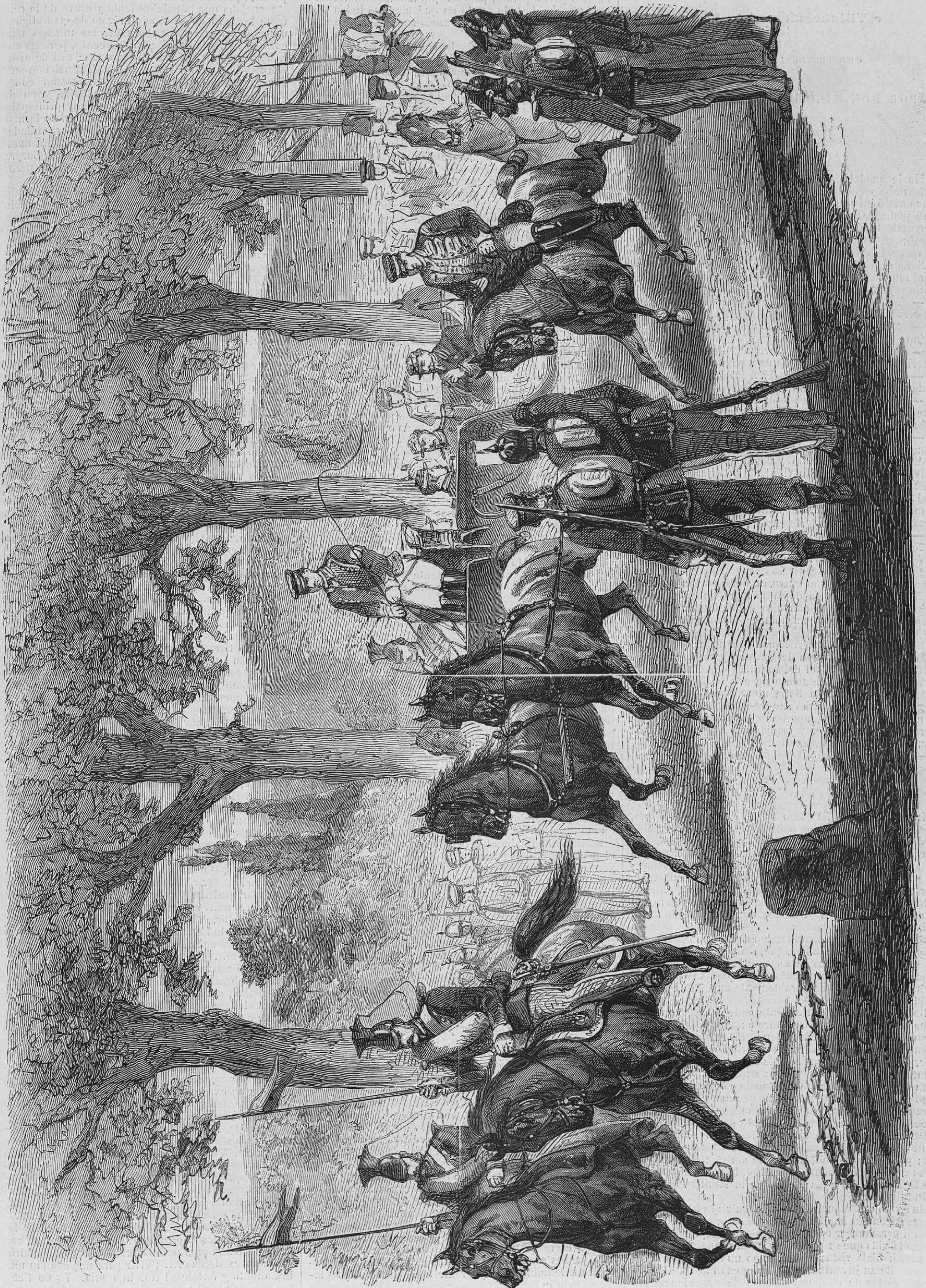
— Su Reverencia se hizo esperar porque estaba almorzando; por fin llegó.

— ¿ Y qué sucedió?

(Se continuará.)



LA GUERRA. — Visita del rey de Prusia al campo de batalla de Sedan.



LA GUERRA. — Llegada de Napoleón al campamento prusiano despues de la capitulacion de Sedan

De Villahermosa á la China.

COLOQUIOS DE LA VIDA ÍNTIMA

POR DON NICOMEDES PASTOR DIAZ.

(Continuacion.)

No le quedaba duda de que aquella frágil razon se extraviaba y perdía, y buscaba, como á tientas, en su memoria ó en su ternura, un medio de venir al socorro de aquella desventura, de atajar aquella fantasía en su derrumbadero; una senda aunque fuese extraviada ó escabrosa, por donde volverla al curso de otras ideas y al recuerdo de otras imágenes.

Sofía se habia detenido en lo alto de la escalera como para tomar aliento. Enrique la miró, comenzó á subir y Sofía esperó...

— Ya sé que nada soy yo... la dijo al llegar; que nada eres tú... para mí.

— No... para mí misma he dicho, exclamó interrumpiéndole, Sofía.

— Pero hay aun, siguió Enrique, una persona muy querida que no eres tú y que no soy yo...

— ¡Y quién!... ¿dónde está?... gritó Sofía con ojos cada vez mas espantados...

— Es Irene, replicó con blandura Enrique... Irene, que ha vuelto á Valle-de-flores... y te espera mañana... Hé aquí una carta que me han dado de su parte.

— ¡Irene!... ¡mi Irene! clamó Sofía, cambiando en aquel punto de acento, de mirar y de fisonomía... ¡Irene!... repitió con ternura y como si aquel nombre la volviera á la razon y á la vida!...

Y tomó aquel papel con manos trémulas, y lo estrechó contra su corazón, y lo abrió y besó mil veces la firma con efusion amorosa, y luego, dejando caer la cabeza sobre el pecho,

— No... Irene... no es él, exclamó con un tristísimo sollozo.

Y en aquel mismo instante, deshechos en lágrimas sus ojos, hasta entonces secos, y volviéndolos tiernamente á Enrique, como quien implora perdon y piedad, dejóse caer en un sofá de la primera antesala, despidiéndose con la mano convulsa y con la mirada amorosa y suplicante de aquel hombre desconsolado y atónito.

Besó Enrique silencioso aquella mano calenturienta, descendió con el corazón desgarrado, y alejóse solitario y lento por la oscuridad del valle...

Y es á la mañana siguiente de esta tristísima noche, cuando encontramos á Sofía atravesando los campos, llegando penosamente á Valle-de-flores, oyendo devota la misa del santuario, apurando los tormentos de otro acceso de alucinacion, y arrojándose en los brazos de Irene, gritándole desesperada:

— ¡Estoy loca!...

V.

Irene amaba á Sofía como á una hija. Era ella la que, por segunda vez, le habia dado la vida. Habíala recibido casi cadáver en un lecho luctuoso y desamparado; habia infundido nuevo calor en su corazón, sufrimiento en sus fuerzas, valor en su espíritu; habia depositado en su conciencia un germen de piedad; habia desviado por un momento del contacto de aquella alma fatigada ó frívola el veneno que circula, como el del cólera, en la atmósfera moral de nuestros dias: el fastidio de la existencia.

Sofía consagraba una veneracion tan apasionada como respetuosa á aquella mujer, que, sin dejar de ser tierna, no habia dejado nunca de ser severa, y que, si era complaciente con sus sentimientos y aun con sus acciones, se habia mantenido inexorablemente austera en la moralidad de sus principios.

Sofía se humillaba reverente ante la elevacion de aquellas ideas, que dejaban libre curso y desahogo á la ternura de los afectos. Respetando los misterios de una existencia que nunca se habia atrevido á querer penetrar, bastábale saber que en ella habia infortunios y pasiones, tal vez flaquezas, tal vez expiacion y sacrificio, para que la compadeciera; bastábale contemplar la vida á que se habia consagrado, para que con entusiasmo la admirara y con la mas rendida sumision la obedeciera.

Sofía no le habia ocultado, desde sus primeras conferencias, ninguna de sus mas ligeras ó reprensibles acciones, ninguno de sus mas aventurados pensamientos; pero en estas confesiones, de amistad las unas, las otras de arrepentimiento ó consulta, la confianza no habia llegado nunca á los límites de la familiaridad y de la indulgencia.

Una vez habia querido Sofía seguir al claustro á su amiga; Irene la habia desviado de su propósito. Resignada á permanecer en el mundo y á aceptar con esfuerzo la vida que su posicion y circunstancias le habian creado, habíala visto alejarse como una de tantas apariciones de su juventud, y solo de cuando en cuando recibía cartas de ella, cuyo punto de procedencia no siempre le era conocido.

Cuando Sofía habia ido á Madrid, Irene lo supo; pero cuando partió para el pais en que la encontramos ahora, ignoraba de todo punto en qué claustro habia dado fondo ó hecho alto la peregrinacion religiosa de su penitente amiga.

Desde aquella noche, desde aquel momento en que su nombre se habia mezclado con las palabras misteriosas del hombre de Villahermosa, no habia podido indagar noticias de su paradero.

Enrique no se las habia dado. Supo solamente que habia pasado en el monasterio de aquel valle la mayor parte de su vida religiosa, y se consolaba con la esperanza de que volvería.

Nunca lo habia necesitado mas. Parecíale que solo las palabras duras de aquella mujer podrian miligar la extraña dolencia que la aquejaba; pero creia tambien, y era verdad sin duda, que con todo su cariño y con todo su abandono, ella que, en un baile, habia podido hacer á un desconocido la confesion de su ligereza, no tendria el atrevimiento de poner ante los ojos de una mujer consagrada á la penitencia la confianza de su pasion y la extravagancia de su martirio.

Pero no sabia qué triste motivo le habia de hacer olvidar, á la vista de la pobre enclaustrada, sus dolores y sus delirios.

A pesar del terror que la poseia á su entrada en aquel locutorio; á pesar del visible extravío que demudaba sus facciones, al arrojarse contra el seno de su amiga, confesando desatentada su frenesí y su alucinacion; en el momento en que los brazos de Irene la estrecharon, en que sintió sobre su frente sus labios, frios como los de una santa de mármol; en que aquellos ojos hundidos quedaron suspensos sobre los suyos, como si se asomaran á un abismo; en que aquella voz gutural y apagada le dirigió la exclamacion primera de ternura, como un suspiro de agonía, la jóven se avergonzó de su dolor y de su infortunio, para no pensar sino en la situacion en que se le presentaba Irene.

Del terror de sí misma, habia pasado en pocos instantes al espanto de aquella otra vision fúnebre que parecía alzarse de la tumba para recibirla ó robarla... Irene la habia preguntado con asombro:

— ¡Sofía! ¡Sofía! ¿qué tienes?...

Sofía no pudo contestarle mas que con un angustiado sollozo.

— Nada, nada ya... te engañaba... Tengo aun demasiada razon para conocer la verdad de una gran desventura... Irene... ¡tú te mueres!...

Y rompió á llorar amargamente; pero en aquella afliccion, su propio dolor y su padecer se habian completamente olvidado.

— No, hija mia, no, contestó Irene blandamente, llevándola, casi abrazada, del locutorio á su celda; todavía no me muero... no repares en lo exterior; que lo mismo sirve al alma un esqueleto duro que una piel rehinchida... Aun he de durar demasiado... hay mucha vida en este corazón... Cuando se deja venir la muerte, tarda mucho... Mira por esa reja aquel buque fondeado en la bahía. Años hace que está allí, pudriéndose en el puerto... Y antes de que él se hunda, muchos saldrán flamantes del astillero, que perecerán en la primera tormenta... Tú eres, hija mia, la que necesitas cuidado, tú eres quien há menester guia y reparo, tú eres la navicilla que dobla un cabo tormentoso de la vida. Poco hace corrias á lo largo por un mar agitado; pero ahora ha reventado sobre tí la tormenta del cielo, el rayo ha caido sobre tu corazón, y te abrasas, pobre niña, sin recurso, porque, como en derredor del navío incendiado, el agua, que pudiera refrescarte, es la del abismo, que te traga...

Sofía contemplaba atónita á Irene, y con solo escuchar el acento de su voz, volvió á humillarse en aquella admiracion sumisa que, desde los primeros dias la consagraba. La adoracion, casi supersticiosa, que le habia inspirado su superioridad, no se desmintió en este solemne momento. Sofía, que habia pugnado con la pesadilla del invencible embarazo que le causaba exponer á Irene, con verdad y lisura, el incomprensible misterio de la pasion que la atormentaba, hallóse con asombro prevenida. Irene conocia, mejor que ella misma, la situacion de su alma.

La mirada penetrante de su amiga y bienhechora habia seguido por el mundo sus pasos, habia contado las palpaciones de su corazón, habia descubierto el escondido curso de sus pensamientos, habia comprendido y adivinado todos los motivos de su conducta, todas las alternativas de sus propósitos, todos los resultados de sus perplejidades. Irene fué quien reveló á Sofía los misterios de su propia existencia, como refiere un médico á su enfermo los padecimientos que ha sufrido, al volver de su letargo ó de su delirio...

Aquella noche de ilusion y de fantásticos caprichos, aquella conversacion de tan encontradas impresiones y de tan indelebles memorias, aquella sorpresa de un carácter extraño, donde no habia creído encontrar mas que una persona vulgar; aquella fascinacion de talento, que la habia hecho entrever los vuelos empíreos de un espíritu superior, aquel ascendiente de elevacion, aquel prestigio de misterio, aquella fantasmagoría de terror y desconfianza, que habia sobreecogido la inexperiencia de su corazón y trasportádole á la esfera en que viven espíritus distintos de los que hasta entonces habian comunicado con su inteligencia y con su vida; hasta aquella caricia volcánica, en la cual su imaginacion, mas que sus sentidos, se habia abandonado con imprudencia invencible á un porvenir ideal de soñados placeres, todo le fué contado y expuesto por Irene con tan literal exactitud y tan perspicua verdad, como si hu-

biera alguna noche sorprendido las revelaciones de su pensamiento en un acceso de sonambulismo.

Semejaba que la palabra lenta y grave de la religiosa fuera leyendo en el espejo mágico de las antiguas hechiceras caracteres escritos sobre las mismas telas del corazón... Había dulzura en su acento, pero en su narracion ninguna muestra de indulgencia ni de disimulo.

Antes bien pudiera creerse que dominaba en su espíritu cierta morosa complacencia en retratar con todos sus síntomas los padecimientos de Sofía, y en definir con todos sus pormenores los hechos principales de aquella, ciertamente sencilla, pero desgraciada historia.

La jóven escuchaba en silencio, casi arrodillada, como á los pies de un confesor, cogidas sus dos manos de las manos inmovibles y frias de la religiosa. Sorpresa y espanto podia causarle aquella revelacion, pero tormento, no.

Al mirar, retratada en las palabras de su amiga, la triste verdad de su situacion, parecíale que su inteligencia saltaba del mundo de las faustas y de los ensueños, para encontrarse frente por frente con la realidad de los hechos, con la materialidad auténtica de sus visiones.

Mejor queria luchar cuerpo á cuerpo con una verdadera desgracia, que no llevar dentro de sí propia un enemigo con quien no era dable pelear, porque no le podia asir. Irene se lo ponía delante sin contemplacion ni misericordia, sin exageracion, pero sin disfraz; y la verdadera ternura, la bondad sincera y afectuosa se encontraban entonces de parte de aquella severidad impenetrable.

En estos momentos, las palabras mas consoladoras de la amistad del mundo no hubieran hecho sobre el alma de la alucinada jóven una impresion mas blanda que esta conclusion vulgar y dura de Irene:

— Este es tu mal, Sofía, y tu mal no tiene remedio; es un infortunio, pero no es la perdicion; es una enfermedad, pero no, no es la locura.

Hubo un momento de silencio, al cabo del cual la jóven con tranquilo abatimiento,

— Es verdad, exclamó, que has querido aliviar mis dolores con una sorpresa... pero ¡ay!... tú no adivinas, sin embargo, cuál es... No me maravilla conocer lo que de mí sabes... de qué manera, no te lo preguntaré... Hay una cosa que me sorprende mas que nada en este momento, Irene, y es que, pasion ó enfermedad, infortunio ó frenesí, veo que no le compadesces.

— ¡Compadecerte, Sofía!... respondió Irene con el mismo tono lánguido y tranquilo. ¡Tienes razon!... no me es posible... pero te daré un consuelo, ó una explicacion... lo mismo es... Los que padecen mucho no tienen compasion... La desgracia y el sufrimiento son muy egoístas... ¡Compadecerte!... ¡Si te envidio!...

Sintióse Sofía helada de terror al oír estas palabras. Al mismo tiempo, Irene, cogiéndola por la cintura, la sentó á su lado, inclinó su cabeza sobre el seno de la jóven, y estrechándole con su mano:

— ¡Cómo palpita!... añadió. ¡Veinte y tres años!... ¡Cuánto porvenir!... ¡Cuánta esperanza!...

— ¡Esperanza para mí, Irene!... contestó Sofía. ¡Esperanza! ¿De qué?... ¿No crees tú, no me acabas de anunciar que moriré pronto, ó que seré desdichada siempre?...

— No, Sofía, no; no morirás... ¿He muerto yo todavía?... Los dolores del alma son como las inclemencias del cielo, que robustecen el temperamento y prolongan a vida... La felicidad y el regalo son como el calor, que la extenua y la corrompe... El dolor nos curte y conserva, como la sal á la carne muerta... Así vivo yo... así podrás vivir tú.

— ¿Vivir, Irene?... Y ¿qué es vivir padeciendo?...

— Y ¿qué es vivir gozando?... respondió Irene con exaltacion. ¿Quién te ha dado ni esa esperanza ni ese derecho?... Vivir, llorar y amar la vida... Trabajar, combatir, padecer y vivir padeciendo, eso es lo que nos cumple, niña... esa es la ley de Dios... Amar la vida es amar el dolor, es amar el cielo... Por eso he empleado yo mi juventud en volver la salud á los que se morian... ¡Oh!... Pues si hubiera creído en el placer, los hubiera envenenado...

Tornó á estremecerse y á aterrarse Sofía, escuchando estas palabras. El semblante de Irene volvíase cada vez mas pálido, sus manos cada vez mas frias. Sofía olvidaba todos sus dolores en presencia de aquel dolor mudo, de aquella resignacion amarga.

La misteriosa desgracia de Irene absorbía toda su desventura, como un objeto metálico arrebata el calor á un cuerpo caldeado. La impresionable jóven comprendía, por intuicion y por instinto, cómo aquel espectro de mujer, que enlazaba delicadamente en sus brazos, podia envidiar su existencia.

— Irene, le dijo al fin con su habitual actitud de obediencia; vivir... sí... viviré... De nuevo me lo mandas... de nuevo te obedeceré... Pero cuando en otro tiempo me impusiste esta obligacion, señalaste un fin á mi existencia. Ahora, mi querida Irene, necesito con mas razon un objeto que sea un motivo... déjame el consuelo de creer que eres tú... déjame vivir para tí...

Irene se sonrió apaciblemente, y acariciando las mejillas de Sofía,

— Yo no puedo engañarte nunca, le contestó... No me es dado dejarte ninguna ilusion... ¡El fin de la vida!... ¿Sabemos el principio?... ¿Vivir para mí, cuando te faltan las fuerzas para tí propia!... ¿Qué podrias tú sobre mi existencia?... ¡Vivir para mí, cuando me sobra aliento y fortaleza! No, hija mia. Y ¿no tienes tú para quién vivir? ¿No puedes vivir para él?...

— ¿Para él? gritó Sofía. ¿Para quién?

— Para el hombre que te ha inspirado esa pasión. ¿Quién te lo impide?

— Pero, Irene, exclamó Sofía, ese hombre no es hombre... Ese hombre no existe... Ese hombre es ya un ideal... Tal vez lo fué ya cuando le ví. Ese hombre no le encontraré nunca... Ese hombre no será nunca mío.

— ¡Tanto mejor! dijo Irene. Tu amor será eterno... Tu pasión no tendrá fin. ¿No pedías al cielo un objeto de esos que llenan la existencia? El cielo ha oído tu demanda... El cielo te le da... no seas ingrata...

— Pero, viviendo así, respondió desesperadamente Sofía, mi vida será un suplicio espantoso... mi vida no será el dolor ni el infortunio... viviendo así, ¡mi vida será el infierno!

— Viviendo así, Sofía, vivirás, replicó con la misma tranquilidad Irene... Si mueres, tanto mejor... si resistes, no será tu vida un suplicio, no... será una pasión, una esperanza, como la del cielo, como la de Dios... ¡El infierno, querida mía!... El infierno no es eso... El infierno es la desesperación... El infierno es el horror de lo que se ama... ¡El infierno!... ¿Sabes lo que es el infierno, hija mía? La memoria que le quedó á Satanás del cielo, donde moraba...

Diciendo esto, la cabeza de Irene cayó como desplomada sobre su pecho. Creyó Sofía que iba á exhalar el último aliento, pero vió con sorpresa que en el mismo instante, alargando sus manos y moviéndolas por el aire, como si recorriera el teclado de un órgano, se puso á entonar dulcemente una romanza francesa, melodiosa, aunque monótona: era *el Lago*, de Lamartine.

Sofía se desprendió del abrazo de su amiga, apoyóla suavemente contra el respaldo poco mullido de su sillón, sentóse delante del arpa, y se puso á acompañar el canto de Irene, que se elevó gradualmente hasta hacer vibrar los cristales de la celda... Las olas espumosas de la marea que subía conducían alguna barca, cuyos marineros respondían con un alarido al canto de aquellas dos mujeres.

El sol descendía, por entre celajes de plomo y de gualda, sobre las crestas piramidales de las colinas de Occidente, y la campana, que había llamado vanamente á Irene á la refacción de la mañana, sonó, penetrante y aguda, para anunciarle la hora de las vísperas en el coro.

VI.

Las dos amigas sin ventura, pasada la mañana en coloquios, la tarde en cantos y el crepúsculo en oraciones, vieron llegar la noche, sin que hubiera descendido sobre su corazón aquella sombra de sosiego y paz, que no tenían derecho á esperar de los afectos de un mundo que tan amargamente recordaban, y de las esperanzas de una religión que tan flacamente sentían.

Y entre tanto al pié de las paredes del convento pasaba otra escena y tenía lugar otro diálogo, que guardaba con la escena y el diálogo de la celda la misma correspondencia de armonía que, en una tempestad desencadenada en las gargantas del Pirineo, guarda el chasquido del haya que desgaja el huracán con el estallido de la encina que hiende el rayo, el grito del águila á quien el torbellino arrebató su nido, y el graznar del milano que se precipita sobre las avechillas guarecidas de la nieve.

Hay siempre una nube de trueno cerca de otra en toda tempestad del cielo; hay siempre una nave zozobrando, no lejos de la que se va á pique, en toda noche de naufragio; hay siempre un edificio destinado á abrasarse en breve, en toda desgraciada ocasión de incendio...

Enrique había ido aquella tarde á informarse de la situación alarmante y de la salud amenazada de su prima, ignorando la hora en que podía haber regresado de la visita de Irene.

Pesaroso de no encontrarla, y recelando que tuviera que volverse sola y en hora tardía, tomó la dirección del convento por uno de aquellos torcidos y hondos caminos que cruzan el valle, hácia la vega del río, y al revolver de un cerrillo, casi á la falda de la colina á cuyo arribo se sustentaba la iglesia de la aldea, iba á pasar por delante de la modesta casa de labor de uno de sus mas antiguos colonos, cuando en el umbral de aquella puerta, que festoneaban y oscurecían las entretejidas guirnaldas de un emparrado de vides, descubrió plantado un hombre, envuelto en una capa, que, en actitud de haberle conocido, le estaba esperando. Enrique, apresurando el paso al reconocerle, llegóse á él, estrechándole cariñosamente las manos, como si en algunos días no se hubieran visto.

Hízole comprender con inequívocas muestras y expresiones de afectuosa cordialidad el placer vivísimo que le causaba siempre, y aun mas en aquella ocasión, su encuentro y su compañía; pero le manifestó al mismo tiempo su grandísimo pesar de no tener, como otras veces, el alma alegre y el espíritu sereno para ofrecer una hora de reposo y desahogo á quien gastaba toda su vida, dijo Enrique, en dar á los tristes consuelo y á los abatidos fortaleza.

— Ahora los necesito yo, le decía, exponiéndole con sentidas quejas lo triste de su situación inexplicable. Ahora, mi querido amigo, me ha llegado la vez de demandar para mi lastimado corazón y para la desesperación de mi vida la ayuda de la compasión y el consuelo del infortunio.

El hombre de la capa contestó á estas palabras con amistosa severidad:

— Mayor es la pena que yo siento de que tú creas

que has menester consuelos, mayor mi pesar de que de manera alguna te compares á los infelices. Mira, Enrique... en esa pobre casa de donde salgo; en el seno de esa familia, donde hace tiempo entraron la desventura, el crimen, la aflicción y la vergüenza, va á introducirse la muerte también... Agoniza lentamente, en la flor de sus años y en toda la pompa de su belleza, esa desgraciada criatura... Hoy mismo, despues de un día de esperanzas, la he visto en un parasismo mortal... ¿Quién sabe si mañana brillará el sol para sus hermosos ojos? Y todos en su casa bendicen al cielo, ella la primera... ¿Qué tienes tú de comun con esos infelices, que quedan tan resignados, para que yo prostituya, dándolos á tu corazón, mis consejos? ¿Qué hay de extraordinario en tu situación, para que no baste tu propia fuerza? ¿Qué desventura tan grande pesa sobre tu alma, para que no te dé aliento tu propia vida?

Interrumpióse mas bien que calló aquel hombre, y quedó no tanto silencioso como distraído, sin que Enrique diera muestras de ofenderse de su actitud, ni de extrañarse de sus palabras. Parecía estar acostumbrado á este lenguaje, á serle familiares esta severidad y aspereza. Aquel personaje le hablaba como si tuviera derechos muy antiguos sobre su corazón, sobre su confianza, y hasta sobre su inteligencia.

Y sin embargo notábase que su rigor no excluía su afecto, y que, cuando con tanta dureza decidía sobre la disposición de ánimo de su amigo, no estaba por eso menos interesado en conocer á fondo la situación que con tanta indiferencia calificaba.

Estaba sin duda en los hábitos y en la genialidad de aquel hombre no hacer mucha cuenta de las pasiones frívolas y de las penas llevaderas; pero no así parecía indiferente al empeño de tranquilizar el espíritu contra los embates de la perplejidad y contra las tentaciones del desaliento, y de reintegrar en su energía el sentimiento de la dignidad de un hombre, cuando la veía contrastada, como ahora en el ánimo de Enrique, yor lo que él llamaba caprichos de una mujer.

Pero á su vez Enrique se reconocía tanto mas indefenso ante aquel calculado indiferentismo y ante aquella razón severa, cuanto que él mismo había profesado siempre una rectitud estoica de sentimientos, que no le permitían ser juez indulgente de sus propias flaquezas.

Era, en su opinión, este mismo carácter la causa de todas aquellas contrariedades que rayaban en desventuras.

— Es verdad, respondía á su amigo... ¿Qué tengo yo que contradecir á tus juicios, ni qué argüir á tus reconvencciones? Mi mala suerte y mi posición desesperada nacen de haber profesado tus mismos principios, de haberme hecho una creencia y una doctrina de tus opiniones. Porque he tenido razón, y rectitud y conciencia, no soy amado; porque no he doblado bastante la rodilla en el culto de la pasión, la revelación del amor no me concede la bienaventuranza de sus éxtasis, ni la divinidad me favorece con sus apariciones. Alma de sentimientos profundos y corazón de afecciones varoniles, mi tormento ha sido confundir la ternura con la conciencia, y el cumplimiento de las obligaciones de la vida con la exaltación de las facultades del alma... Por eso no represento á los ojos de Sofía el ideal de la superioridad... Ella corre tras el fantasma de un sueño... yo no soy mas que una realidad... Valiera yo de verdad mil veces mas que su ídolo... mi valor siempre podría medirle y tasarle... Yo no soy la naturaleza novelesca y vaga, capaz de alucinar su imaginación con la apariencia de gigantes proporciones... no soy el profeta que pueda hacer jamás entrever misteriosos abismos de porvenir á la adivinación de la Sibila... no soy el sacerdote que se posee del espíritu de la Divinidad sobre la tripode del oráculo, entusiasta ó delirante... Soy un hombre que ama... como un hombre, y ella no me amará nunca...

— ¡Tal vez te ama ya ahora! contestó su amigo...

— ¡Oh! no... nunca... no me amará nunca, siguió Enrique... de esta verdad sí que me es dado tener intuición profética... Sofía no será mía nunca... nunca podré inspirarla una pasión... aunque me haga matar por ella...

— Tanto mejor, contestó friamente aquel hombre... tanto mejor... No hay para qué pensar que tú te mates ni que ella se muera; antes bien, en que tú puedas vivir y en que vivas para ella... ¿Qué te importa su amor?... Ella te ha comprendido mejor de lo que juzgas. Otorgando su estimación y su confianza al hombre que no ama, es mas grande, mas noble, mas varonil que tú. Reconociendo la grandeza y la importancia de ese afecto grave y profundo, que aspiras á ver rebajado y desconocido en cuanto quisieras verle recompensado por una pasión, ella te le paga con una confianza mas íntima, con una correspondencia mas inestimable. ¿Qué es lo que quieres sustituir á esa necesidad de un alma que no puede vivir feliz sin una hora de tu compañía?... La consagración de ese sentimiento delante de un altar... hé ahí el matrimonio... ¡Qué!... ¡Tu querías que fuese la santificación de una flaqueza, la apoteosis de un extravío, el juramento hecho ante Dios de perpetuar una locura, de convertir en actividad natural la excitación convulsiva de la embriaguez ó de la enfermedad, y en razón de la vida el frenesí de la calentura!... ¡Oh!... no te espantes... no me mires con esos ojos desalentados... Sí; ella, la pobre, la flaca, la enferma, la apasionada mujer, está mas cerca de la grandeza de una alta razón, y sobre todo, de la sublimidad religiosa, que la pretensión desacordada de tu razón presuntuosa y de tu filosofía egoísta...

Calló aquel hombre, y Enrique permaneció en silencio, como aterrado de escucharle. Y sin embargo, en la dureza de estas palabras no había énfasis alguno de violencia ni dejo sarcástico de misantropía.

El amigo de Enrique hablaba sin afectación de despecho, y al parecer, sin prevenciones de imperioso desden.

Su palabra era mesurada, su pronunciación lenta y suave, su entonación casi humilde, y cuando de aquella manera, en el fondo tan desapiadada, calificaba las aspiraciones de un sentimiento exaltado y tierno, sus labios parecían formular una oración religiosa; diríase que empleaba el tono solemne, pero tranquilo, con que un sacerdote recita á dos jóvenes desposados las severas y santas amonestaciones de la epístola de San Pablo.

Pero el alma de Enrique no era humilde, por mas que fuera virginal. Su inteligencia y su lógica se sublevaran ante la imponente severidad de aquella otra razón, cuya forma le parecía el paralogismo.

— ¡Oh! no, por piedad, le dijo al fin; no confundas la elevación del pensamiento y la grandeza de la filosofía con la extrañeza del sofisma. No confundas la alteza y dignidad del hombre con la supresión de los sentimientos ingénitos en su corazón, ni llares santificación de preocupaciones al respeto de los naturales afectos, base legítima y santa de los humanos deberes... ¡Qué!... ¡un matrimonio sin amor!... ¡una esposa sin pasión!... ¿Y de qué me serviría para mi felicidad ni para su ventura?... ¡Un matrimonio sin amor!... ¡Una mujer sin amor!... ¡Tal vez amando á otro!...

— Tal vez arrepentida de amarle, murmuró tranquilamente su interlocutor...

Enrique se estremeció; sus ojos saltaron de sus órbitas, y agolpábase á su rostro su sangre toda... ¡Oh! ¡jamás!... continuó... Las leyes divinas y humanas prescriben con la infamia el adulterio de la carne... ¿y querrá justificar y admitir el adulterio del corazón esa tu sublime filosofía?...

— ¡La filosofía!... replicó su amigo, sin alterar su tono de profunda calma y de concentrada convicción... ¡La filosofía! Yo no te hablo nunca en nombre de la filosofía, esfinge horrenda, que no hace mas que proponer enigmas y devorar á los que no los resuelven... Para mí ya no hay enigmas... ni problemas... Ese que tú propones, no es mas que uno de tantos frívolos acertijos, propios para las *córtés de amor* de los siglos feudales, para los juegos de niños de todas las edades... ¡El matrimonio sin amor! ¡añeja adivinanza de detrás de la lumbre!... Ni ¿qué tiene que ver con esa cuestión la filosofía?... ¿Ha resuelto por ventura la filosofía ninguna de las grandes cuestiones de la vida, uno solo de los grandes problemas de la sociedad?... El matrimonio, con amor ó sin amor, no ha sido nunca cuestión ni problema, ni para Dios ni para el género humano. En ninguna edad, en ninguna raza, bajo ninguna ley, en ninguna doctrina, se ha fundado sobre el amor el matrimonio. La historia no abona tu creencia; la religión la combate. La ley antigua y la doctrina de Cristo no conocieron mas que la fe conyugal. ¡La antigüedad pagana no llamó amor al de las matronas, sino al de las cortesanas, y no sublimó nunca las Aspasias y Frines á la altura y majestad de las Porcias y de las Lucrecias!... ¡La religión invocas!... La religión que anatematiza el adulterio, condena el amor á la penitencia, y no habla de las pasiones sino como de plagas y castigos de su naturaleza decaída... A la mujer la llamó á su destino por la obediencia y la gracia, y del vínculo conyugal, estola de un sacerdocio, hizo el yugo de su inconstancia y la férrea cadena de su frivolidad... Al primer hombre le preparó una esposa, dormido... Al Salvador del género humano no quiso darle el amor por padre, aunque le dió una familia y un matrimonio por procedencia y genealogía... Desde el origen del mundo, como desde el día de la redención, Dios ordenó al hombre y á la mujer que fueran una carne... ¡Tan lejos estaba de decirles que eran el uno para el otro, ni un ángel, ni una deidad!... Cuando al Redentor divino le propusieron la cuestión del adulterio segun los hombres, el dedo de Dios escribía en la arena; y cuando quiso corregir los extravíos de una mujer, toda amor, no dió aquel corazón á un hombre, sino al cielo... Perdonó á la arrepentida el pecado, pero no la dió marido; y á la amante celestial sin reproche, al prodigio del amor divino en carne mortal, á *Santa Teresa*, se le dió él mismo por esposo... Ni aun místicamente quiso ofrecer á un sentimiento de exaltación sobrehumana, otra aspiración que la eternidad, que todo lo absorbe, ni otro galardón que la penitencia, que todo lo expía... Ni de las esposas de los héroes, ni de las madres de los santos se han leído nunca aventuras amorosas, y la mas tierna y noble de las ricas hembras castellanas, al demandar en matrimonio el mas celebrado de los caballeros, la tradición quiere que le haya pedido como reparación y castigo. No en los sentimientos naturales del corazón, no, sino en las creaciones de la fantasía, es donde ha sido siempre y de primero el matrimonio, consecuencia del amor. En la práctica de la vida, como en la tradición de los pueblos; en el génesis de las naciones, como en el testamento evangélico de la voluntad divina, el matrimonio es una condición mas dura, porque es una institución mas santa. Puede la mujer venir á su yugo, trayendo un remordimiento de pasión en sus entrañas, sin que sea adúltera. Dios no pide cuenta al hombre de la codicia del bien ajeno, sino cuando á ella cede; mas meritorio es si la combate en tanto que pasa las horas de su penoso día en el honrado trabajo de su diario sustento... No llares á esto



LA GUERRA. — Batalla de Mouzon. Primer combate delante de la aldea de Mouzon el 29 de agosto.

filosofía, Enrique. Esto es la verdad, que es siempre lo contrario de nuestra pobre razón. Si aspiras á ser el esposo de Sofía, da gracias al cielo de que no te haya cobrado pasión; conténtate con su voluntad.

Mucho le costaba á Enrique volver en esta ocasión á la actitud sumisa y resignada que tomaba siempre en sus discusiones con aquel hombre, contra el cual nada

podía su razón, porque nunca con la razón argüía.

Enrique, tan consecuente y positivo en sus discursos como en sus acciones, se encontraba débil contra aquel pensador de ideas tan extravagantes, que empezaba por negar los títulos de la lógica, y concluía por combatir los sentimientos de la moral. La organización intelectual de aquel extraño interlocutor tenía un sen-

tido más, para cuyas percepciones era Enrique ciego, y aunque cuando su amigo se las revelaba, su comprensión no era siempre sorda, sucedíale también atribuir su juicio á la prevención de sentimientos extraviados, y en el momento presente á la ignorancia ó exención de las pasiones profundas, que le hacía intransigente con las debilidades humanas. (Se continuará.)



LA GUERRA. — El ejército francés pasando por la aldea del Chene.